



secuestro de una chica guapa

clark carrados



SS

SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

SECUESTRO DE UNA CHICA GUAPA

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.204

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

Depósito legal: B. 25.826-197
ISBN 84-02-02513-7
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: setiembre, 1973

© CLARK CARRADOS - 1973
Texto

© JORGE NÚÑEZ - 1973
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.329 - Dura lección a un pistolero.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.202 - La mano de fuego.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.028 - Imperio de humo.

En Colección CALIFORNIA:

812 - Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717 - Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526 - Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 - Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 - Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

588 - Oro, agua, sangre y fuego.

CAPÍTULO PRIMERO

La lancha, que por sus dimensiones y lujo interior, podía considerarse como un yate de recreo, le dejó en el pequeño muelle. A Rudy MacRae, el muelle le pareció la boca de un lobo, con sus dos enormes mandíbulas a punto de cerrarse sobre la embarcación, para triturarla con unos gigantescos dientes de cemento.

Pero no había dientes, sino más bien una especie de encajonamiento artificial al pie de los cantiles. Un poco más allá del muelle se divisaban tres o cuatro blancas casitas, de tejados rojos, muy apiñadas. Una incongruencia en aquellas latitudes tropicales, pensó MacRae.

Lo que había a veinte metros del mar era asombroso.

Tratábase de un altísimo muro, liso, con quince metros del coronamiento a la base, situada en la roca viva. El muro se perdía de vista a ambos lados del muelle, contorneando, evidentemente, todo el perímetro de Wittera Island. De tanto en tanto, se veían pequeñas casamatas aspilleras, en las que, resultaba obvio suponerlo, debía de haber hombres armados en sus puestos de centinela.

—Suba, señor MacRae —indicó el patrón de la lancha.

—Pero, no veo...

—Suba por las escaleras y no se preocupe de más. El jefe le aguarda; ya está enterado de su llegada.

—Sí, me lo supongo. Usted...

—A mí no me ha llamado, así que me quedo. Vamos, suba.

MacRae desembarcó. La escalera zigzagueaba siguiendo la pendiente rocosa, hasta llegar al pie de la muralla. Hacía calor, pero la fresca brisa marina aliviaba considerablemente la temperatura. Fue a quitarse la chaqueta de hilo, pero se contuvo; debajo llevaba la funda axilar con su automática del 45.

El blanco sombrero de panamá se inclinó hacia su nuca. MacRae

se preguntaba por dónde entraría en aquella fortaleza, cuando, de pronto, al terminar la escalera, vio a su izquierda una grieta longitudinal en el muro.

—¡Por ahí! —gritó el patrón de la lancha.

La grieta tenía sección trapezoidal y no era el resultado de un accidente, sino de algo deliberadamente planeado. Era la entrada a un túnel que se torcía a la derecha a siete u ocho pasos de la entrada.

MacRae avanzó y dobló a su derecha. Parpadeó, asombrado.

El suelo era ligeramente inclinado, en pendiente ascendente, pero de un trazo enteramente normal. En cambio, las paredes y el techo ofrecían un aspecto desconcertante.

Había trozos inclinados, otros rectos y algunos salientes como el lomo de un libro entreabierto. Triángulos, cuadrados, trapecios, pentágonos alargados... todas las formas de la Geometría recta estaban representadas en aquel delirante túnel, en el que su imagen se veía multiplicada millares de veces.

A los pocos pasos, MacRae ya no sabía dónde estaba.

Ni siquiera sabía si estaba.

Bajó la vista para seguir caminando, de modo que se pudiera guiar por el trazado del pavimento. Pero en la próxima revuelta, un ángulo agudo, encontró colores en el suelo.

Colores chillones, estallantes de luz: amarillo, verde, rojo, azul, naranja, blanco de nieve... La multiplicación de colores en los espejos resultaba demencial.

—¿Querrán «lavarme» el cerebro? —se preguntó, sintiendo de repente una angustia infinita.

Avanzó unos pasos más. Súbitamente, se dio cuenta de que no podía seguir adelante.

Ya no sabía si estaba en pie o tendido de costado o con los pies en el techo y la cabeza dirigida al suelo. Y empezó a sentirse el terror de quedar perdido en aquel demoníaco laberinto.

—Pereceré de hambre y sed y, dentro de doscientos años, algún valeroso arqueólogo, encontrará mis huesos en este maldito pasadizo —se dijo.

Tanteó la espejeante pared con las manos. Avanzó dos pasos, pero chocó consigo mismo.

Sudaba.

Regueros de líquido corrieron por sus mejillas y se escondieron bajo el cuello de su camisa. De pronto, oyó una voz bronca, imperativa:

—¡Vamos, siga, Mac; lo está haciendo muy bien! ¡Dos pasos a su derecha y once más a la izquierda; es todo lo que necesita para salir al aire libre!

Por fortuna, llevaba unos lentes ahumados y los necesitó al salir del infernal laberinto. El sol estallaba en el exterior con toda su fuerza.

La vegetación era tropical, exuberante, como correspondía a aquel minúsculo islote del extremo suroccidental de las Bahamas y que tenía dueño propio. Entre las altas palmeras, divisó una mansión de rojo tejado.

Avanzó, por el sendero de losas. A derecha e izquierda, se divisaban los bordes de la muralla, más bajos que la parte elevada de la isla. Las garitas de centinela estaban abiertas por su parte posterior.

Había hombres de vigilancia, en efecto, y no tenían solamente fusiles con mira telescópica, sino también ametralladoras pesadas. Algunas de las máquinas, incluso, estaban en sólidas plataformas, con trípodes altos, antiaéreo.

Un hombre de ojos orientales, vestido con una chaquetilla blanca, salió a su encuentro y le dirigió una cortés reverencia.

—Bienvenido, señor —dijo melifluamente—. El señor Barkeln le espera al otro lado de la casa, junto, a la piscina.

—Gracias, amigo.

MacRae contorneó el edificio, grande y lujoso, de planta, piso y ático, pero, al mismo tiempo, con una elegante simplicidad de líneas, que hacía pensar en la mano de un maestro de arquitectos. Al otro lado, divisó una vasta explanada, cubierta de césped, en cuyo centro había una monumental piscina.

Una hermosa muchacha nadaba en las azules aguas de la piscina, que no medía menos de cien metros de largo por cincuenta de ancho. Su trazado era irregular, con rocas que le daban aspecto de obra de la naturaleza. De uno de los lados, brotaba un chorro de agua tan grueso como su cuerpo, lo cual garantizaba la continua renovación del líquido.

Cerca de la piscina, bajo un colosal parasol de vivos colores, se

hallaba un hombre vestido únicamente con unos pantalones cortos. Los agudos ojos de Magnus Barkeln estaban ocultos tras unas gafas negras.

A su lado había una mesa con abundante servicio de bebidas. Barkeln agitó una mano.

—Venga, Mac.

El viajero se acercó y tomó asiento frente al dueño de la isla de Wittera.

—Hola, Magnus —saludó.

Barkeln sonrió levemente.

—Es enemigo del protocolo —dijo.

—Trato a la gente como me tratan a mí —contestó MacRae, impasible.

—¿Cuántos años tiene, Mac?

—Voy camino de los treinta y uno.

—Se conserva bien. Nadie le echaría más de veintiséis.

MacRae se encogió de hombros.

—Suelo hacer una vida bastante sana, lo que no quiere decir que no me guste una copa de cuando en cuando o un rato de charla íntima con una hermosa mujer.

—Unos gustos perfectamente lógicos en un hombre joven. También le gustará el dinero, me imagino.

—Con la suficiente moderación para no enloquecer por él, Magnus.

—A mí me hubiera gustado mucho poder decir lo mismo hace veinticinco años. Tal vez las cosas me hubieran rodado mucho mejor, con el modesto taller que poseía cuando empecé.

—Si se le presentó una buena oportunidad y la aprovechó, ¿de qué se recrimina? Usted es un hombre de negocios nato, Magnus; hubiera empezado de pocero y habría arrancado petróleo en cualquier alcantarilla.

Barkeln se echó a reír. Su vientre, abundante en grasa, se agitó con fuerza.

—Eso es cierto —convino—. Hay hombres que son buscados por la fortuna, en lugar de buscarla ella. Hacen así, chasquean los dedos, y el dinero empieza a lloverles encima. Por cierto, ¿qué le pareció la entrada?

—Alucinante. Hubo un momento en que había perdido ya la

noción de mí mismo. Si un día tiene que preguntarle alguna cosa a un enemigo y éste se niega a contestarle, hágale pasar por el laberinto de los espejos.

—Quizá sea ésa una de sus finalidades. Me divertí mucho viéndole a través de las cámaras ocultas que tengo instaladas allí.

MacRae paseó la vista por los alrededores.

—Yo no veo...

—Están ahí adentro, en el cuarto de controles. El túnel, además, tiene muchas otras puertas, que se pierden en ramales secundarios, que no van a ninguna parte. Si yo quisiera, un hombre podría estar ahí dando vueltas toda su vida, sin encontrar jamás ninguna de las dos puertas de acceso.

—Una excelente medida de precaución contra intrusos hostiles. La muralla, supongo, es contra los posibles ataques por mar.

—Exactamente.

—¿Usa sólo la lancha para sus desplazamientos fuera de la isla?

—Hace años que no me muevo de Wittera. Dirijo todos mis negocios desde aquí. Me encuentro muy bien y no quiero moverme.

—Claro, tiene dinero de sobra y...

MacRae señaló con la cabeza a la chica que pereceaba en las aguas de la piscina.

—Cuando se aburra de ella, la licenciará con una buena dote, ¿no es así?

Los ojos de Barkeln chispearon, maliciosos, bajo las gafas.

—Daisy es muy buena chica —contestó evasivamente—. Por cierto, ¿qué sabe de mí, en particular?

—Empezó con su tallercito y compró un par de pozos de petróleo, aparentemente agotados, pero que, de repente, empezaron a soltar líquido, como si se hubiese concentrado en ellos todo el petróleo del mundo. Los demás negocios vinieron como las cerezas de un cesto y rindieron oro como rinde mosto un cesto lleno de uvas lanzadas a la prensa.

—Pero no ha mencionado el negocio más importante.

—Ah, sí la Barkeln Mechanics & Optical Precision. Compró la empresa a un chiflado, cuya cuenta en el Banco tenía un boquete por el que se le iba el dinero como el agua que va a esa piscina. Usted la revitalizó, buscó el concurso de gente de empuje, en todos los sentidos, y hoy es una empresa que, en lo óptico, da dentera a

los alemanes de Zeiss, Jena, Alemania Oriental...

Barkeln se echó a reír.

—Ahora trabajo exclusivamente para el Gobierno —dijo—. Mis beneficios líquidos anuales, considerando que hasta el barrendero de la fábrica tiene un sueldo de príncipe, son de casi cien millones. Tengo la producción comprometida para los diez próximos años y si quisiera atender todos los pedidos, necesitaría diez planetas como el nuestro, con todas sus naciones y sus empresas que quieren comprar mis productos.

—La mayor parte de los cuales se deben indudablemente, a la inventiva del profesor Pemberley.

—Indudablemente, pero hay otros aspectos en los cuales la colaboración de Pemberley habría sido catastrófica. Él, a su laboratorio; otros, dirigidos por mí, se ocupan de la buena marcha de la empresa.

—Bien, pero, me imagino, no me ha llamado solamente para hablarme de la B.M.O.P. —dijo MacRae.

—No, le he llamado para hablarle del secuestro de mi hija June y de lo que debe hacer para rescatarla —contestó Barkeln tranquilamente.

La chica que nadaba salió de la piscina en aquel momento y se acercó a los dos hombres.

—Hola, Daisy —dijo Barkeln—. Te presento a Rudy MacRae. Rudy, ésta es Daisy.

—¿Qué tal, Daisy? —saludó el joven.

Ella estaba en pie, erguida, con el cuerpo brillante por el agua, escultural como una diosa pagana. Hizo aletear sus espesas pestañas, sonrió y dijo:

—Hola, Rudy.

CAPÍTULO II

—Daisy, yo tenía entendido que el señor Barkeln era un tacaño, pero no hasta este extremo —dijo MacRae a continuación.

Barkeln respingó. Daisy arqueó las cejas.

—No entiendo —contestó ella.

—Su traje de baño. En mi vida he visto menos tela.

Daisy lanzó una jovial carcajada y se apoderó de un vaso alto, ya preparado de antemano con mucho hielo, menta y bastante alcohol. Barkeln sonrió de mala gana.

—En otras cosas, me cuesta carísima —rezongó.

—Si está aquí continuamente, no gastará mucho en vestidos y joyas, cosas que en Wittera resultan superfluas. Pero hablábamos del secuestro de su hija June.

—En efecto. Quiero que la rescate.

—¿Tiene idea de quiénes son los raptos?

—Una vaga idea. Uno de ellos podría ser Craig Mulberry, mi director administrativo, me refiero a la B.M.O.P. Los demás negocios marchan por sí solos, administrados por Bancos y no son de los que llaman la atención de los tiburones de las finanzas.

—La B.M.O.P., sí, ¿no es cierto?

—Imagínese, un contrato por casi diez años y con ochenta, noventa o cien millones anuales de beneficios. ¿No le tentaría a usted?

MacRae hizo un gesto negativo.

—Me horroriza el dinero en demasía —contestó—. Yo no podría vivir como usted; acabaría subido en lo alto de una casa y lanzando sacos de billetes a la gente.

—El dinero no es malo...

—No digo que lo sea; pero un exceso de dinero, resulta nocivo. Al menos, bajo mi punto de vista. Me agrada la comodidad y poder disponer siempre de diez dólares y no tener que sujetarme a un

horario fijo en una oficina, pero creo que me daría un ataque si me dijeran que voy a ganar cien millones al año. Tendría entonces que dedicarme solamente a vigilar mi dinero y eso no es bueno para la salud, ¿comprende?

—Yo vigilo mi dinero y tengo una salud a prueba de bomba —exclamó Barkeln con acento lleno de orgullo.

—Es que, además, usted disfruta por el poder que le confiere ese dinero. Se compró esta isla y la hizo amurallar como una fortaleza antigua; los gastos de mantenimiento deben de ser cuantiosísimos... ¿Es potable el agua de la piscina?

—Sí, tengo una planta potabilizadora que me suministra agua dulce sin restricciones de ninguna clase —contestó el financiero.

—Repito que sólo quiere poder, más aún que dinero. Y a mí me interesa vivir bien, con un mínimo de comodidades y un máximo de independencia. Claro que en este mundo nadie es totalmente independiente...

—Ahórrese sus filosofías, Mac; estábamos hablando del secuestro de mi hija —cortó Barkeln secamente.

—Sí, señor.

Daisy agitó una mano.

—Bueno, yo me vuelvo al agua —se despidió—. Todavía me faltan tres mil metros para cubrir mi cupo de ejercicio diario.

Barkeln la miró con una expresión que MacRae juzgó orgullo de amo y señor. Ella, ágil, esbelta, consciente de su belleza, juntó las manos por encima de su cabeza y se lanzó a la piscina desde una roca elevada, colocada deliberadamente en aquel lugar para tal fin.

—Sigamos, señor Barkeln —dijo el joven—. ¿Dónde está su hija?

—En Worldwiew, cerca de Skyland, Colorado, en una propiedad que tengo al otro lado del Gran Cañón. Antes solía retirarme allí, pero los médicos me aconsejaron clima marítimo. El de allí resulta demasiado seco.

—¿Cómo sabe que está allí?

—Antes de llamarle a usted, hice investigar. June casi no se da cuenta de que está secuestrada; aparentemente, ha ido a pasar allí una temporada de descanso, en unión de una familia amiga. Pero si no accedo a las pretensiones de los secuestradores, si denuncio el hecho a la policía, la arrojarán al fondo del cañón. Desde la terraza exterior de Worldwiew al fondo del precipicio hay casi trescientos

metros. Es una caída absolutamente vertical, sin nada que lo impida.

—¿Cree que serían capaces de tirarla por allí?

Barkeln se puso en pie.

—Venga —dijo lacónicamente.

El hombre sudaba copiosamente. Las gotas de sudor se podían ver perfectamente. Junto a él, había dos tipos con capuchas negras, que no dejaban ver más que los ojos.

Los encapuchados estaban armados y empujaron a su prisionero hacia el borde de la terraza. El hombre se resistió, pero un golpe con la culata de una pistola le hizo tambalearse.

Perdió fuerzas. Los esbirros le acercaron al borde de la terraza y lo arrojaron al vacío.

La cámara siguió puntualmente la caída. El «zoom» mantenía la imagen casi en un primer plano. El choque del cuerpo humano contra las aguzadas rocas del fondo del cañón resultó sangrientamente espectacular.

Barkeln apagó el proyector. Wang, el criado chino, recorrió las cortinas del cuarto donde había tenido lugar la proyección.

MacRae se dio cuenta de que tenía seca la boca.

—Necesito un trago —dijo.

—Vamos afuera —propuso Barkeln—. Wang, más hielo.

—Sí, señor.

—El hombre que usted ha visto morir, estrellado contra el fondo del cañón de Worldwiew, era uno de mis más fieles empleados de seguridad —explicó Barkeln, después de los primeros tragos—. Consiguí averiguar el lugar donde estaba June, pero lo hicieron prisionero y lo arrojaron al precipicio. Luego me enviaron la película, como prueba de que harían lo mismo con ella, si no les cedo la propiedad de la Mechanics & Optical.

—Y usted no quiere ceder.

—No, y menos en esas condiciones. Mac, le daré cien mil dólares si rescata a June, no me importa cómo ni a cuántos tenga que matar. Si se ve en un compromiso, yo le sacaré de él; jamás abandono a un empleado fiel y competente cuando se ve en un lío por mi culpa.

—Ah, ya me considera como su empleado.

—Para eso le he hecho venir, Mac.

—Sin embargo, todavía no he aceptado.

—¿Le parece poco dinero cien mil? Oiga, casi no se trata ya de dinero, sino de no ceder ante una cuadrilla de miserables, a los que me gustaría aplastar con el tacón —exclamó Barkeln rabiosamente—. Tengo el orgullo de haber llevado a la Mechanics & Optical al lugar en que se encuentra actualmente y no puedo consentir que unos inútiles, sinvergüenzas y parásitos, se aprovechen de mi esfuerzo y del de mis empleados. No lo consentiré y estoy dispuesto a cualquier cosa por evitarlo. ¿Me entiende, Mac?

El joven se llevó su vaso a los labios.

—Es curioso que no hayan intentado atacarle a usted directamente —comentó.

—Wittera es invulnerable —respondió Barkeln.

—Salvo por aire, claro.

—Oiga, no irá a decirme que se atreverían a ametrallarme desde un avión. ¿Qué conseguirían con mi muerte?

MacRae miró hacia la piscina. Daisy seguía nadando rítmicamente.

De pronto, se oyó a lo lejos el zumbido de un motor.

—Magnus, ¿tiene usted algún helicóptero? —preguntó MacRae.

—Sí, pero está en el hangar... Lo uso muy raramente, si bien solemos traer en él artículos que necesitan de un rápido transporte. ¿Por qué lo pregunta?

MacRae estaba sentado bajo el parasol y se levantó. Con la mano sobre los ojos, miró en la dirección de donde procedía el sonido.

—¿Espera alguna visita? —inquirió.

—No, en absoluto. Pero, a veces, algún periodista curioso, alquila un helicóptero y toma fotografías desde lo alto. Es el precio de la fama, no lo puedo evitar, Mac.

—Sin embargo, nunca concede entrevistas.

—Detesto tener que responder a sandeces. No hay ningún periodista con un mínimo de seso...

El helicóptero evolucionaba ahora sobre la isla, a unos trescientos metros. De repente, se quedó casi inmóvil sobre la vertical de la casa.

Algo se abrió en su panza. MacRae sintió que se le ponían los pelos de punta.

—¡Échese al suelo, Magnus! —gritó.

Barkeln intentó correr hacia la piscina. MacRae saltó hacia él y le propinó un terrible empujón que lo derribó sobre la hierba.

—Es el sitio más peligroso —dijo, mientras se tendía de bruces.

Cuatro largos cilindros, que despidieron durante un instante vivísimos destellos, se desprendieron sucesivamente del vientre del helicóptero. Mientras, Daisy, ajena a lo sucedido, continuaba tranquilamente sus ejercicios de natación.

El aire se pobló de horribles silbidos. Sonaron gritos de alarma.

Las ametralladoras pesadas dispararon frenéticamente. De repente, se oyó una espantosa explosión.

Todo un ángulo de la casa saltó en mil pedazos, mientras la atmósfera se llenaba de polvo y humo. Otra bomba cayó algo más lejos y deshizo un pequeño pabellón destinado a alojamiento de los vigilantes.

La tercera bomba cayó junto a uno de los ángulos de la muralla. Los dos guardias que había allí, haciendo fuego con la ametralladora, desaparecieron instantáneamente, devorados por la enorme llamarada provocada por la explosión.

Daisy chillaba, mientras nadaba espantada, en busca de la orilla. La cuarta bomba cayó en la piscina.

Tendido en el suelo, con la cara ladeada, MacRae vio surgir de repente un altísimo surtidor de agua, junto con una fragorosa explosión. El suelo retemblaba, como sacudido por un terremoto.

Algo que había sido una mujer voló por los aires y cayó sobre la hierba, con lúgubre chasquido. MacRae sintió ganas de vomitar al ver que toda la parte delantera del cuerpo de Daisy había desaparecido: la cara, los hermosos senos, el pecho, el vientre... Ahora era poco más que una sangrienta cáscara vacía con brazos y piernas desolladas.

Se oían gritos y alaridos de dolor y de rabia. MacRae se puso en pie y miró a lo lejos.

El helicóptero desaparecía a toda velocidad. Barkeln se incorporó también.

Estaba lívido. Vio lo que quedaba de Daisy y se tambaleó. Pero fue solo un instante.

Su reacción fue rápida.

—¡Johnson, Johnson! —gritó con poderosa voz.

Un hombre corría hacia el otro lado de la isla.

—Voy a perseguirlo —gritó el aludido.

—¡Conecte la cámara de televisión, Johnson! —ordenó Barkeln.

Wang apareció en la puerta de la casa. Temblaba como un azogado.

—El cocinero... ha muerto... —Y se desplomó sin sentido.

Guardias y vigilantes corrían en ayuda de los heridos. El helicóptero despegó, arrancando hacia arriba como un cohete.

—Venga conmigo, Mac —dijo Barkeln.

CAPÍTULO III

Entraron en la casa. Barkeln le condujo a un cuarto en el que había numerosos monitores de televisión.

Algunos de ellos estaban encendidos y mostraban distintos puntos del pasillo de los espejos. Uno de los monitores mostraba una vista de la isla desde el aire. Wittera disminuía de tamaño a ojos vistas, a medida que el helicóptero tripulado por Johnson ganaba altura.

—Tengo el enemigo a la vista —informó Johnson de pronto.

—Manténgase en seguridad, Pete —ordenó Barkeln, a través de la radio—. Simplemente, quiero saber adónde se dirige.

—Sí, señor.

La cámara mostró al helicóptero atacante, que volaba a unos doscientos metros sobre el mar. Johnson volaba a trescientos metros por encima, casi sobre su vertical.

—Mac, ¿cómo pueden haber lanzado las bombas sobre Wittera? Yo creí que no les interesaba mi muerte —dijo Barkeln de pronto.

—Quizá sólo trataron de darle un susto —opinó el joven.

—No, esos forajidos tiraron a matar...

—Señor, estoy viendo ahora una embarcación sospechosa; veintidós kilómetros al noroeste de Wittera —informó Johnson—. El helicóptero enemigo se dirige hacia ella. ¿Lo ven?

—Sí, perfectamente, Pete.

La precisión de las imágenes era asombrosa. De pronto, el otro helicóptero ganó altura.

—¡Cuidado, Pete! —gritó Barkeln.

Johnson se elevó también. De repente, un hombre se arrojó al aire desde el otro helicóptero.

Las paletas se detuvieron en el acto. El helicóptero empezó a caer al mar.

El piloto hizo funcionar su paracaídas.

—Va a caer cerca de la lancha —informó Johnson.

—Quieren hacer desaparecer el helicóptero, ahora que ya no les sirve.

De súbito, vieron unos chorros blancos que partían de la lancha.

—Están ametrallando al piloto —gritó Johnson.

—Un testigo menos. —Gruñó Barkeln.

—Así pagan a los suyos, ¿eh? —rezongó MacRae.

El paracaídas se inflamó de repente. El piloto cayó a plomo, desde más de cien metros de altura.

—Ése no se salva —dijo Barkeln fríamente. De pronto, hizo una pregunta—: Pete, ¿tiene las armas a punto?

—Sí, señor.

—¡Ataque! ¡A fondo, hasta el final!

—Sí, señor.

La lancha escapaba ahora a toda velocidad, navegando, calculó MacRae, a más de treinta nudos. Pero el helicóptero era mucho más rápido.

Johnson demostró ser un hábil piloto. Su helicóptero estaba bien armado.

Dos cohetes de seis pulgadas partieron raudamente hacia la embarcación. Uno de ellos explotó delante de la proa. El otro alcanzó de lleno el pequeño puente y lo hizo saltar por los aires.

Los tanques de combustible se inflamaron en el acto. La embarcación se convirtió en una antorcha.

Sin embargo, dos hombres habían conseguido echar al agua un bote de goma. Pero Johnson desencadenó un nuevo ataque, ahora con las cuatro ametralladoras de 12'

7 mm,

instaladas en el morro del aparato, bajo la cabina de mando.

Un torrente de plomo cayó sobre los dos supervivientes. La cámara mostró sus convulsiones al ser acribillados por las balas. Luego, se les vio hundirse con la balsa, mientras los últimos restos de la motora acababan de consumirse.

—Buen trabajo, Pete —elogió Barkeln—. Regrese.

—Bien, señor.

MacRae sacó cigarrillos y ofreció uno al dueño de Wittera.

—Es usted un mal enemigo, señor —dijo.

—Por un amigo sincero y leal en apuros, daría un brazo. A los

enemigos, los aplasto sin piedad —contestó Barkeln con salvaje acento de odio.

MacRae pernoctó en Wittera. Los guardias y la servidumbre se ocuparon de reparar los destrozos en la medida de lo posible.

Los heridos eran muy pocos y leves sus lesiones. Cuatro guardias habían muerto, además de Daisy y el cocinero.

—Podría haberse salvado, de hallarse fuera de la piscina —dijo el joven melancólicamente, mientras asistía al sencillo funeral, organizado por el propio Barkeln.

Los seis cadáveres fueron enterrados en un pequeño cementerio, situado en un promontorio orientado hacia el Norte. Después de la ceremonia, Barkeln pidió a su huésped que fuese a su despacho un cuarto de hora más tarde.

MacRae fue puntual. Barkeln vio que el joven traía en la mano un par de trozos de hierro.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Parte de la envoltura de una de las bombas, Magnus —contestó MacRae.

—Robadas al ejército, sin duda.

—No. Eran de fabricación más bien casera, aunque de innegable poder destructor.

Barkeln enarcó las cejas.

—¿Fabricación casera? —repitió, extrañado.

—Sí. Botellas de oxígeno previamente vaciadas de su gas y llenas luego, calculo, con unos cien kilos de dinamita. Poner una espoleta de contacto a esa bomba no es difícil: basta un taco de madera, un clavo que lo atravesase y un cartucho de fusil justo encima de la punta del clavo.

—Entiendo. De este modo, no se hacen sospechosos robando las bombas en un arsenal del Ejército.

—Exactamente, Añadir cuatro aletas estabilizadoras al cuerpo de la bomba tampoco es difícil.

—¿Y el lanzabombas?

—Irían apiladas en la cabina del helicóptero, calzadas con unas simples cuñas de madera. Se necesitaba únicamente que las bombas no rodasen por el suelo de la cabina. Luego, en el momento oportuno, el piloto abrió la trampilla por medio de una vulgar palanca...

—Entiendo —dijo Barkeln—. Bien, los que pagaron al bombardero y a los tripulantes de la lancha estarán satisfechos: menos bocas para hablar comprometedoramente.

—Sí, —dijo MacRae escuetamente.

De pronto, Barkeln lanzó un paquete hacia su huésped. MacRae lo atrapó al vuelo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Cincuenta mil, en billetes. Para gastos, Mac. No escatime el dinero. Quiero éxitos, no fracasos.

—Sí, señor.

—Tendrá cien mil cuando me traiga a June. Y le repetiré una cosa, Mac.

El poderoso torso de Barkeln se dilató de tal modo, que MacRae creyó que iba a reventar la camisa que lo cubría.

—Se lo dije ayer: soy amigo de mis amigos. Hasta el final, sin límite. Pero a mis enemigos...

—Los aplasta, ya lo sé. Una pregunta, señor.

—Diga, Mac.

—¿Significaba mucho Daisy para usted?

—Era un ser humano, más aún que una mujer hermosa, estallante de belleza y juventud. Ella me amaba, Mac.

—Lo siento, señor.

Hubo un momento de silencio. Luego, Barkeln dijo:

—Vaya y empiece a trabajar, Mac. Buena suerte.

—Adiós, Magnus.

Habían sido unas jornadas excitantes más que agotadoras, se dijo MacRae, bajo la ducha, en el hotel en que, provisionalmente, se había alojado en Miami. Era el encargo más complicado y, a la vez, más atractivo, que jamás le hubiesen encomendado. Merecería la pena realizarlo y no sólo por el dinero.

Barkeln era un hombre que no dejaba indiferente a nadie. O se le apreciaba o se le odiaba. Con un tipo así, no podía haber términos medios. Pero si era cierto lo que decía, la B.M.O.P., era obra suya y estaba en su pleno derecho al negarse a cederla, aunque le presionasen con el chantaje de un secuestro.

Por cierto, se dijo, no conocía muy bien los antecedentes familiares de Barkeln. Sería cosa de tomar información sobre el particular; podía resultarle útil, pensó.

Terminó de ducharse y se secó; con la toalla en torno a las caderas, salió del cuarto de baño.

Había una mujer en la sala. Estaba inclinada sobre algo y se irguió al oír el ruido de la puerta.

—Hola —sonrió—. Creo que me he equivocado de habitación.

MacRae la miró penetrante.

—Por supuesto, señora...

—Señorita —dijo ella—. Me llamo Louie Pemm.

—Rudy MacRae —se presentó el joven—. Dispense mi atavío, pero acabo de salir de la ducha.

—No tiene importancia. Ya me iba, señor MacRae. En todo caso, la que se debe disculpar soy yo.

Los ojos de MacRae se entornaron. La mujer que tenía frente a sí era joven, muy esbelta y de cuerpo admirablemente bien conformado, pero, al mismo tiempo, dando la sensación de ser fuerte y ágil. Tenía el pelo cortísimo, como el de un chico, rubio oscuro, y sus ojos eran grises.

El vestido era de vivos colores estampados, con un amplio escote que dejaba al descubierto unos hombros de piel tostada. En la mano, llevaba un bolso de rafia amarilla.

—Dispense otra vez —dijo Louie, con una sonrisita de circunstancias.

Y se marchó.

MacRae frunció el ceño. De pronto, se había dado cuenta de que el bolso de la chica no estaba cerrado.

La presilla se veía suelta. Un impulso irresistible, le hizo saltar hacia adelante, en dirección al pasillo.

Abrió la puerta. Una de las puntas de la toalla se le enganchó en alguna parte, cuando salía fuera del cuarto.

Sonó un agudo chillido de mujer. Louie desaparecía en aquel momento por el extremo del corredor, empezando ya a descender rápidamente por la escalera.

—¡Obsceno, sátiro! —gritó la mujer, a cuatro pasos de MacRae.

El joven se metió de nuevo en el interior de la habitación y cerró de un portazo, maldiciendo la inoportunidad de la toalla, que le había hecho quedarse en traje de Adán. Su habitación, por otra parte, estaba en la segunda planta del hotel, de modo que Louie Pemm tendría tiempo de escapar antes de que se vistiera medio

decentemente.

Pero pudo acercarse a la ventana. Louie embarcaba en aquel momento en un pequeño «Wolkswagen» rojo. A MacRae le pareció que la matrícula del coche era de Colorado, aunque la distancia resultaba un tanto excesiva para sentar una afirmación contundente.

Recelando de la que no estimaba involuntaria equivocación de la muchacha, revisó su equipaje.

Nada faltaba. Entonces, ¿a qué había entrado la chica en su cuarto?, se preguntó, perplejo.

El teléfono sonó de pronto.

Rezongando entre dientes, MacRae se acercó al aparato, lo levantó y dio su nombre.

—Piola, Mac. Soy Bill. Ya estoy en el aeropuerto —dijo alguien.

—Estupendo, Bill. ¿Tienes preparado todo lo que te dije?

—Sí, pero, oye, ¿es que te has vuelto loco? A mí me parece que...

—¿Cuánto cobras por un trabajito semejante?

—Hombre, según —contestó Bill Gordon evasivamente—. Para un amigo como tú, la tarifa es de dos mil, más gastos...

—Tendrás cinco mil y los gastos por mi cuenta. ¿Cuándo puedes despegar?

—En cuanto llegues al aeropuerto, Mac.

—Muy bien, iré lo antes posible. ¿Podremos cubrir el viaje en una sola etapa?

—Ni lo sueñes. Tendremos que detenernos en Dallas, para repostar. Pero, de todas formas, la cosa resultará como quieres; así llegaremos al objetivo a la hora que desees.

CAPÍTULO IV

Los motores del avión roncaban sincrónicamente en la noche. Reclinado en su asiento, cuyo respaldo estaba echado un tanto hacia atrás, MacRae dormitaba, mientras Gordon se ocupaba de los mandos.

La noche envolvía al esbelto bimotor. El rostro del piloto aparecía teñido de amarillo verdoso, debido a las luces del cuadro de mandos. Gordon consultaban los instrumentos sin cesar.

De pronto, alargó la mano y sacudió a su acompañante.

—¡Despierta, Mac!

MacRae abrió los ojos y bostezó voluptuosamente.

—¡Qué bien he dormido! —dijo, satisfecho.

—Lo celebro, porque dentro de poco las preocupaciones empezarán para ti, Mac.

—Estoy preocupado desde que me llamó Barkeln, muchacho.

Gordon meneó la cabeza.

—Desde luego, se necesita estar chiflado para lanzarse a una aventura semejante. Yo no lo haría ni aunque me lo pagasen a peso de oro —dijo.

—Probablemente, si te pagasen en oro, cobrarías menos de los cinco mil que yo te pago —contestó MacRae, aludiendo al volumen corporal del piloto.

Gordon soltó un bufido. MacRae se echó a reír.

Luego se puso en pie y empezó a inspeccionar los bultos que había en la parte posterior de la cabina.

—¿No falta nada, Bill?

—No, nada en absoluto —contestó el piloto—. Hice las compras de acuerdo con lo que tú me ordenaste.

—¿Estará Lefty en el sitio indicado?

—No es hombre que acostumbre a fallar a los amigos, Mac.

—Tú aterrizarás en el otro sitio señalado, ¿no?

—Allí me tendrás, hasta que lleguéis vosotros.

—Muy bien, Bill, eres un amigo de verdad.

MacRae se puso los atalajes del paracaídas. Aseguró la funda de la pistola, que ahora debía llevar al exterior, y se colgó del cinturón una pequeña bolsa de lona, que ató por la parte inferior al muslo izquierdo. A continuación, agarró otro paquete, bastante pesado, situado sobre uno de los asientos.

—Mac —dijo Gordon de pronto.

—¿Sí, Bill?

—Ese Barkeln... ¿tiene tanto dinero como se dice?

—¿Qué pensarías tú de un hombre que gana cien millones al año?

—Pues... los padres casi eligen a los hijos, pero un hijo no elige jamás a sus padres. Por eso me llamo Gordon y no Barkeln.

—Tienes un humor envidiable, Bill. Pero te aburriría tener tanto dinero.

—Quizá, aunque me gustaría probar durante un año. Luego ya te diría el resultado, Mac.

—Está bien. ¿Cuánto nos falta, Bill?

Gordon lanzó una mirada a los instrumentos.

—Dos minutos —contestó.

MacRae oteó el panorama a través de una de las ventanillas. El cielo aclaraba algo hacia el Este.

—¡Un minuto! —anunció de pronto el piloto.

El bimotor de Gordon era un avión que en ocasiones transportaba cargas especiales, que requerían una gran rapidez de entrega. Por ello disponía de una trampilla en la parte posterior de la cabina.

Gordon conectó el piloto automático y se acercó a la trampilla, junto a la cual estaba ya situado MacRae. Mientras actuaba, Gordon contaba mentalmente los segundos.

La trampilla quedó abierta. El trueno de los motores entró en la cabina, junto con una racha de aire frío.

—¡Ahora! —gritó Gordon de súbito.

MacRae juntó los dos pies y se dejó caer al vacío, sin soltar el paquete voluminoso, que sujetaba con una sola mano. El aire rugió en sus oídos, mientras caía a plomo hacia la oscuridad que había bajo sus pies.

Tenía ya las pupilas habituadas a la ligera penumbra del amanecer y por ello pudo ver el acercamiento del suelo. Cuando le faltaban dos o tres metros, soltó el paquete.

Flexionó las rodillas al tocar la tierra. Dio un par de volteretas y se irguió rápidamente, liberándose del paracaídas con veloces y precisos movimientos.

Escuchó unos momentos. Todo estaba en silencio. Delante de él, a unos doscientos metros, divisó la mole oscura de una casa.

Un poco más allá, se veía un sector en negro, alternando bruscamente con el fondo algo más claro del suelo que pisaba. Aquella negrura era la del cañón sobre cuyo borde se hallaba edificada la residencia en que estaba June Barkeln.

MacRae avanzó cautelosamente, paso a paso, por el sendero que llevaba a la casa, sin soltar el gran bulto que había traído consigo en el avión. Había visto fotografías de la casa en la isla de Wittera y, por otra parte, Barkeln le había trazado un plano bastante detallado, con preciosas indicaciones de los posibles obstáculos que podía hallar en su camino.

La casa estaba rodeada por una cerca de piedra, no demasiado alta, aunque sí con un sistema de alarma que, indudablemente, debía de ser conectado por las noches. MacRae sabía que la rapidez era vital, al fin de terminar la operación antes de que se hiciese de día.

Aún faltaban bastantes minutos, sin embargo, para el amanecer. Por otra parte, MacRae calculaba que, habiendo transcurrido la noche sin incidentes, la vigilancia se habría relajado ya en las horas próximas al alba.

Alcanzó la tapia, que era más bien de adorno, como una especie de valla de piedras de diversas formas, unidas por argamasa, y paseó la mano por el borde, situado a menos de dos metros del suelo. De pronto, sus yemas sensitivas rozaron un pequeño cable que serpenteaba entre los intersticios de las piedras.

Unos centímetros más adelante, había otro. MacRae se empinó y pudo ver que eran de un color blanco grisáceo y que seguían puntualmente el irregular trazado de las uniones entre las piedras. El que quisiera pasar por encima del borde tropezaría inexorablemente con uno de los cables y su presión accionaría la alarma en el acto.

Con infinito cuidado, sacó unas pequeñas tijeras y cortó los dos cables sucesivamente. Luego aguardó unos instantes.

Dentro de la casa no se produjo ninguna reacción.

Las luces continuaban apagadas. MacRae pasó el bulto por encima de la tapia y saltó al otro lado.

June Barkeln tenía su propia habitación en la casa. Era lógico suponer, pues, que los secuestradores permitiesen que la muchacha durmiera en su cama.

Avanzó unos pasos más. De pronto, cuando ya llegaba a uno de las esquinas, oyó un fuerte bostezo.

Algunos de los vigilantes, calculó se había despertado y, todavía entre dos luces, se disponía a hacer la última ronda de la noche. MacRae se pegó a la pared y esperó.

El hombre apareció de pronto, dándose ligeras palmadas en la boca abierta de par en par, de la que brotaban sonidos inarticulados. Vio a MacRae y se quedó rígido un momento, pero, en el segundo siguiente, el cañón de una automática caía sobre su frente y le privó del conocimiento en el acto.

MacRae retrocedió presuroso una docena de pasos. Si el plano que le había trazado Barkeln no contenía errores, la habitación de June no podía hallarse ya muy lejos.

MacRae encendió una diminuta lamparita y la paseó por la estancia sumida en la sombras. Sí, allí dormía June.

Se acercó a la puerta y puso una silla bajo el picaporte, sin hacer el menor ruido ni mover el pomo siquiera, por si había un vigilante al otro lado. Luego se acercó a la cama y tapó la boca de June con una mano.

La muchacha despertó, terriblemente sobresaltada.

—No haga ruido —siseó MacRae—. Me envía su padre para rescatarla.

Los ojos de June se dilataron enormemente en la obscuridad. Con la mano libre, MacRae extrajo algo de la bolsa que pendía del lado izquierdo de su cinturón.

—Póngaselo —ordenó.

June tomó la prenda con las dos manos y miró inquisitivamente al hombre que, de tan sorprendente forma, se había introducido en su habitación.

—Pero es que yo no quiero irme de aquí —dijo.

MacRae respingó.

—Oiga, su padre...

—Deje a mi padre en paz. No quiero ir con él, eso es todo.

MacRae se desconcertó un instante. Pero no tardó en recordar que Barkeln le había dicho que June era versátil y testaruda. Sin decir nada, sacó del bolsillo un rollo de esparadrapo y, actuando por sorpresa, le tapó la boca antes de que ella pudiera decir nada.

Luego sacó la pistola y se la puso en la sien. Había que mostrarse un poco truculento, se dijo.

—Póngase el mono inmediatamente o le vuelo los sesos.

June vaciló. Con la mano izquierda, MacRae le rasgó el camisón del cuello hasta el borde inferior. Ella dijo algo bajo el esparadrapo, pero el joven no le hizo el menor caso.

A viva fuerza, le puso el mono, subiendo el cierre relámpago delantero de un tirón. Luego sacó de la misma bolsa un par de zapatillas de deporte y se las hizo poner.

Ya se divisaba una tenue claridad hacia el Este. MacRae deshizo el bulto que había traído consigo. Las mochilas de dos paracaídas quedaron al descubierto.

June se sentía vivamente desconcertada y no atinaba a reaccionar. Antes de que se diera cuenta de lo que le sucedía, ya tenía puesto uno de los paracaídas.

MacRae se ajustó los arneses del otro. Luego agarró a la muchacha por una mano y tiró de ella hacia la ventana.

June se resistió. MacRae sabía que se jugaba el tipo. Los que estaban en la casa no se lo pensarían dos veces para acribillarlo a balazos. Bastaba recordar el atroz bombardeo de Wittera. Cada vez que pensaba en el cuerpo desventrado y en la cara de Daisy, borrada por la metralla, se ponía enfermo. Disparó el puño derecho, con bien medida potencia, y alcanzó el mentón de la chica. June cayó como un montón de trapos.

MacRae cargó con ella. Salió por la ventana al jardín y se dirigió hacia la parte delantera del edificio.

La luz del día había crecido considerablemente. Avistó la terraza, grande, de enormes dimensiones, con un seguro parapeto que daba al abismo, y se dispuso a atravesarla.

En el mismo momento, se oyó un agudo grito:

—¡Hay intrusos en la casa! ¡Caybur ha sido atacado!

MacRae ya no se lo pensó dos veces. Atravesó la terraza y alcanzó el parapeto. June era un peso muerto, pero él confiaba en sus fuerzas.

De repente, oyó un grito a sus espaldas:

—¡Alto, párese!

MacRae giró un instante, pistola en mano, y disparó de veces. Se oyó un grito de dolor. Un hombre rodó por tierra, con el hombro izquierdo atravesado por uno de los proyectiles.

Enfundó el arma. Haciendo un esfuerzo, se situó en pie sobre el parapeto.

—¡Ahí está! —gritó uno.

—¡Cuidado, no tiren; tiene a la chica! —dijo otro.

Dos o tres individuos se detuvieron perplejos, en el borde interior de la terraza. MacRae ya estaba en pie sobre el parapeto.

—¿Se ha vuelto loco? —gritó alguien—. Hay trescientos metros...

—Ya lo sé —contestó MacRae burlonamente—. ¡Adiós, idiotas! Y saltó al vacío.

CAPÍTULO V

Durante un segundo, antes de lanzarse, MacRae había entrevisto el abismo que se abría al borde de la terraza. Ahora, sin embargo, su interés se concentraba en rematar felizmente la operación.

Durante un instante, dio volteretas en el aire, junto con la desmayada muchacha. Luego, con la mano derecha, agarró la anilla de su paracaídas, empujó a June con la izquierda y dio un tirón hacia sí.

June se separó de él. Un segundo más tarde, hizo abrir su propio paracaídas.

El vertiginoso descenso quedó frenado unas decenas de metros más abajo. MacRae exhaló un suspiro de alivio al sentir el consolador tironazo del paracaídas.

Miró a su alrededor. June descendía satisfactoriamente, un poco más abajo.

El fondo del cañón, relativamente liso, se acercó. MacRae entrevió un coche parado a lo lejos, hacia el Sudoeste.

—Bravo, Lefty, has sabido acudir a la cita.

Arriba sonaron disparos.

Una bala silbó junto a su oído. MacRae emitió un juramento.

Los guardianes de June, despechados, tiraban contra él. Usaban fusiles, calculó.

Maniobró con las cuerdas del paracaídas y se situó justo sobre la muralla. Los disparos cesaron en el acto.

June tocó tierra y rodó por el suelo. MacRae cayó unos metros más allá. Se quitó el paracaídas y corrió hacia la muchacha, que ya empezaba a despertarse.

Lo primero que hizo fue destaparle la boca. Luego le quitó los arneses del paracaídas.

June abrió los ojos.

—¿Dónde estoy? —preguntó, con voz torpe.

—A salvo —rió MacRae, satisfecho por el feliz éxito de su operación.

June miró asombrada a su alrededor.

—¡Estoy en el fondo del cañón! —gritó.

—Justamente. Y a menos de cien pasos, hay un coche que nos espera, y que nos llevará hasta un avión que, en pocas horas, nos transportará hasta Wittera.

—¡Pero es que yo no quiero...!

—Vamos, vamos, seguro que la han drogado —dijo MacRae—. Póngase en pie; no podemos perder más tiempo.

June obedeció, pero, casi en el mismo momento, lanzó un grito y volvió a caer.

—¿Qué le pasa? —preguntó MacRae.

—Me duele un tobillo... Seguramente, me lo he torcido al caer...

MacRae no pudo contener un juramento, pero no se entretuvo demasiado en hacer consideraciones sobre la lesión que afligía a la muchacha. Cargó con ella y echó a correr hacia el automóvil que se divisaba a lo lejos.

Era un «jeep». Las circunstancias exigían un vehículo capaz de moverse por terrenos quebrados.

En pocos minutos, alcanzó el «jeep». Su ocupante dormitaba, apoyado con los brazos sobre el volante.

—¡Eh, Lefty, despierta! —gritó MacRae.

Lefty Ryan continuó en la misma postura. Extrañado, MacRae dejó a la chica en el asiento posterior y sacudió el hombro de su amigo.

—Vamos, Lefty...

MacRae se interrumpió bruscamente. Con gran lentitud, en el más completo silencio, Ryan se derrumbó a un lado y quedó en el suelo, boca arriba.

June chilló. MacRae emitió un juramento al ver el negro orificio que su amigo tenía en medio de la frente.

Durante unos segundos, permaneció indeciso. Luego, de pronto, antes de que pudiera hacer nada, sonó una voz a sus espaldas y hacia su izquierda:

—Será mejor que se aparte del «jeep» y de la chica, si no quiere que le ocurra lo mismo que a su amigo.

MacRae se quedó quieto, todavía con una mano apoyada en el

borde del «jeep». Miró a June y la vio palidísima, con los ojos desorbitados por el espanto.

—Vamos, lárguese ya —añadió el desconocido.

MacRae se dio cuenta de que hablaba desde una grieta cercana, en la que, seguramente, había estado escondido hasta su llegada. Luego, con el rabillo del ojo, vio el inmóvil cuerpo de Ryan y el mortal agujero de la frente y, en el acto, se sintió invadido por una terrible cólera.

Pero no por ello perdió la serenidad. Inspiró con fuerza un par de veces y contestó:

—Está bien, amigo, ya me voy. ¿Se lleva a la chica?

—Claro —rió el otro—. ¿Para qué, si no, estoy aquí?

En aquellos breves segundos, MacRae había soltado la presilla de la tapa de su funda. Súbitamente, se dejó caer de espaldas.

Volteó, a la vez que caía. El otro, sobresaltado, lanzó un juramento.

Pero la pistola de MacRae escupía ya sonoros fogonazos. El desconocido hizo fuego una vez; luego, una de las balas le alcanzó justamente en la yugular.

Fue como si abriesen el grifo de una cañería de rojo líquido. La sangre brotó impetuosa y el sujeto cayó al suelo, dando terribles saltos. June chillaba atronadoramente.

MacRae saltó tras el volante. La llave de contacto estaba en su sitio.

El motor roncó satisfactoriamente. Antes de arrancar, dirigió una última mirada al cuerpo de Ryan y murmuró:

—Adiós, Lefty. En cuanto pueda, vendré a enterrar tus restos.

Del otro, ni se preocupó; estaba seguro de que, por lo menos, dos de sus balas habían hecho blanco, sin contar con la que le había partido la yugular.

—Al menos, ha pagado la muerte de Lefty —dijo entre dientes.

De pronto, June exclamó:

—Está bien, y ahora que ya hemos salido de ésta, ¿puede decirme, a menos, adonde me lleva usted?

—Tengo un avión preparado a media hora de aquí. En dos etapas, llegaremos al aeropuerto de Miami. Pete Johnson nos aguardará allí con su helicóptero. Es el piloto personal de su padre.

—Creo haberle dicho antes que yo no quería ir a Wittera,

señor... Pero si ni siquiera sé su nombre.

—Llámeme Rudy, es todo lo que necesita por ahora. Y no se preocupe, ya se le pasarán los efectos de la droga.

—Pero ¿qué droga...?

—Mujer, la que le dieron para que dijese a todo el mundo que no estaba secuestrada.

—¡Y no lo estaba! —insistió la muchacha—. Yo me encontraba allí tan ricamente, disfrutando de una temporada de descanso, cuando llegó usted, atropellándolo todo, como un espía de película...

—Es lo que me ordenó su padre. ¿Cree que no me habría gustado más llegar y pedir educadamente a sus secuestradores que me permitieran llevarme a usted? Pero yo sabía que eso no era posible y por dicha razón preparé los paracaídas, que nos permitieron llegar al fondo del cañón.

—¡Admirable! —Calificó ella con sarcasmo—. Por fortuna, estaba inconsciente cuando saltamos al cañón. Pero ¿de dónde diablos ha sacado usted que yo estaba secuestrada?

—Aparte de lo que me contó su padre, ¿qué me dice de los gorilas armados que patrullaban en torno a la villa?

—¿Y qué? ¿No le parecen lógicas esas precauciones? Teníamos que protegernos de la curiosidad de periodistas morbosos y turistas indiscretos. Él juzgó conveniente hacerlo así y yo mostré en un todo de acuerdo con él. Como debe ser, claro.

MacRae se sentía lleno de perplejidad, por lo que estimaba incongruente actitud a la muchacha.

—¿Él? ¿Quién es él? —preguntó.

—¿Quién ha de ser? —explotó June—. ¡Mi marido!

—¡Atiza! —dijo Mac Rae.

—¿Qué sucede? ¿Es que no le parezco apta para el matrimonio?

—Aptísima —contestó irónicamente el joven, a la vez que la miraba de reojo—. Y ahora que ha soltado su bombita particular, me pregunto qué dirá su padre cuando se entere de la noticia.

De pronto, June se echó a reír.

—Se pondrá hecho una ñera —aseguró—. Pero lo bueno del caso es que, tarde o temprano, Danny tendrá que enfrentarse con él y contarle lo ocurrido. O anunciar al todopoderoso señor Barkeln que va a ser abuelo.

—¿Hay síntomas, June?

—No, todavía no, Rudy.

—Menos mal. —Gruñó el joven.

—¿Por qué dice eso? Me he casado legalmente y no me disgustaría tener un chiquillo o dos...

—¡Caprichos de niña mimada! —refunfuñó él—. A propósito, ¿quién es Danny?

—Mi esposo, naturalmente.

—Se habrá casado en secreto porque sabía que Magnus no aprobaría la boda, ¿no es así?

—Cierto Rudy.

—Alguien tendrá que ocuparse de la veracidad o falsedad de esa ceremonia, June.

—¡Fue una boda auténtica! —protestó la muchacha—. Tengo la documentación en regla.

—Eso se puede falsificar fácilmente. —Gruñó MacRae—. Y, a propósito, ¿cómo se apellida su esposo?

—Mulberry.

—No sé por qué, pero casi me lo esperaba. Una bonita manera de envolver un secuestro en celofán, con cintas de tela de oro como adorno y tiesto con flores blancas en la decoración.

—Pero ¿de dónde demonios ha sacado esa idea del secuestro, Rudy?

—Su padre me lo dijo. Es más, usted corría peligro de morir, si no les cedía la propiedad de la Mechanics & Optical.

June se quedó pensativa un momento.

—A ver si es que se enteró de la boda y le hizo venir a usted a Worldwiew, engañándole con el cuento del secuestro —dijo al cabo.

—Oiga, su padre me enseñó una película tomada en lo alto de la terraza. Uno de sus agentes consiguió dar con el paradero de usted y lo arrojaron por el borde de la terraza. Sin paracaídas, ¿comprende?

—¿Es cierto eso, Rudy?

—No había truco en la película, June —contestó él, muy serio—. Es más, los secuestradores amenazaban con filmar otra película semejante, pero con usted de protagonista, si no accedía a la venta de la B.M.O.P.

—¡Qué extraño! —murmuró ella—. Estoy segura de que a mi

padre le reventaría la boda con Danny Mulberry, pero suele ser muy serio en ciertas cosas. Sin embargo, yo no tengo la menor idea de secuestro...

—Ya le dije antes que lo disfrazaron muy bien. Y, en realidad, ha sido una idea bellísima hacer que se casase con usted el hijo del gerente general de la fábrica.

—Pero si Danny y yo nos queremos, Rudy.

—Bueno, puede que usted ame a Danny, pero de él sólo sabemos que dice que la ama —contestó MacRae, escéptico.

Y, de pronto, divisó a lo lejos, la plateada silueta del avión.

—Vaya, creo que ya hemos llegado —dijo, con no poco alivio.

Momentos después, se detenían junto al avión.

—Vamos June —dijo MacRae, tirando de una de las manos de la chica.

Corrieron hacia el aparato. MacRae hizo que ella entrase primero. Luego, cuando se disponía a hacer lo mismo oyó una voz femenina que no era la de June:

—No entre, Mac. Usted se queda en tierra y si intenta algo contra mí, volaré la cabeza del piloto.

CAPÍTULO VI

Hubo un momento de silencio. June estaba inmóvil, sentada en una banqueta, en el departamento de carga. Louie Pemm estaba junto al piloto, apuntándole con un revólver, la boca de cuyo cañón estaba apoyada en su cráneo.

—Empiezo a ver que no se equivocó de habitación, en el hotel de Miami —dijo MacRae, tras recobrarse de la sorpresa recibida.

—Exacto —sonrió Louie—. No encontré gran cosa de interés, pero era algo que debía hacer.

—Tiene usted un buen servicio de información. ¿Sabía que yo iba a venir aquí con un aeroplano?

—Mi presencia lo demuestra, ¿no?

—Louie, usted parece buena chica. ¿Por qué diablos se ha metido en este jaleo?

—No me adule —contestó ella de mal talante—. La vida del piloto sigue amenazada y no bromeo, créame.

—No, ustedes no son gentes dadas a la broma. Mi amigo Lefty podría decir algo al respecto, si estuviese en condiciones de hablar.

—¿Qué le ha pasado a Lefty?

—Tiene unos gramos de plomo en el cerebro.

Louie palideció.

—Yo no le dije a Mark que...

—Usted no se lo dijo, pero él lo hizo. Ahora bien, yo tuve el placer de meter tres balas en el cuerpo de Mark. Está allá, en el fondo del cañón, a diez pasos del pobre Lefty.

De nuevo se produjo otra pausa. Súbitamente, Louie, a quien las noticias recibidas parecían haber consternado, volvió a reaccionar:

—¡Vamos, Rudy, lárguese! No quiero seguir discutiendo más. Y, recuerde, la vida del piloto depende de usted.

MacRae volvió los ojos hacia June. Ella sonrió.

—Resulta muy divertido —comentó.

—Para mí no es ninguna diversión. —Gruñó MacRae.

Y cerró de un portazo.

Segundos más tarde, el avión despegaba. Antes de un minuto, se había perdido de vista.

MacRae, amargamente defraudado, procuró coordinar sus pensamientos. Una cosa resultaba evidente: Louie y su amigo Mark habían tenido que volar en un aparato más rápido que el de Bill Gordon, probablemente, en un reactor de seis plazas, un avión especial para ejecutivos. El aparato de Gordon era un buen «Beechcraft Bonanza», pero no se podía comparar ni siquiera con el peor de los reactores.

Y un aparato como el que Louie había usado para llegar a Worldwiew sólo podía posarse en un sitio: en el aeropuerto de Skyland, a sesenta kilómetros de Worldwiew.

Resignado, Rudy se dirigió al «jeep» y lo puso nuevamente en marcha.

El funcionario de la oficina consultó un registro y luego miró a su visitante.

—Sí, el aparato está ahí —contestó a los requerimientos de MacRae—. Es un tipo de reactor nuevo, aunque tiene muchos elementos de la casa Beechcraft. Posiblemente, modificaciones hechas por algún entendido y, naturalmente, aprobadas por la Comisión Federal de Aeronáutica...

—Ahórrese explicaciones. —Gruñó el joven—. Lo que quiero saber es el nombre de su piloto.

—Sí, señor. Piloto, Mark Leaner. Pasajero: Louie Leaner. Propietario del avión, Emil Pemberton.

—¡Pemberton! —resopló MacRae.

—¿Lo conoce usted, señor? —preguntó el oficinista.

—Un poco. Oiga, esos dos tipos, me refiero a los Leaner, ¿son esposos?

—Tienen el mismo apellido, es todo lo que puedo decirle, señor —contestó el empleado.

MacRae se despidió del hombre y se encaminó hacia el bar del aeropuerto privado de Skyland. Magnus Barkeln tenía que conocer la noticia; le habían robado la presa en sus propias narices. A Barkeln no le gustaría.

—Pondrá el grito en el cielo. —Gruñó, descontento.

Y lo peor de todo era que no tenía la menor noticia del lugar al que June había sido llevada.

—¿Preocupado, señor MacRae?

El joven miró hacia el otro lado de la barra. Un camarero le miraba sonriendo.

—Creo que nos conocemos —dijo MacRae.

—Sí, señor; servimos juntos en la misma unidad. Soy Tim Shorten, señor.

—Claro —exclamó el joven—. Shorten, dispéñame por no haber sabido reconocerle. Estaba metido de lleno con ciertas preocupaciones...

—Que, sin duda, se refiere a ese avión de nuevo tipo que llegó a la media noche, ¿no es cierto?

—¿Cómo lo sabe usted, Shorten? —Respingó MacRae.

El *barman le guiñó un ojo*:

—Eran dos, un hombre y una mujer... Oiga, ella, un monumento, créame. Alta, rubia, majestuosa... Un verdadero bocado de...

—Tiene marido creo —sonrió MacRae—. Pero ¿qué decían?

—Hablaban de usted. Ella dijo que no los encontraría jamás.

—Oh, muy interesante, Tim. Pero ¿dónde no puedo encontrar a la pareja?

—En Hacktown. No sé dónde está, pero sí recuerdo ese nombre.

MacRae metió la mano en el bolsillo y sacó cinco billetes de a diez, que puso sobre el mostrador.

—¡Rayos, oiga, su café vale cincuenta centavos, no cincuenta dólares! —exclamó Shorten, pasmado.

—Yo no le pago el café; para eso me ha invitado usted, Tim. Pero ese dinero es la recompensa por una buena información —puntualizó MacRae, con una amplia sonrisa.

El «*jeep*» había sido aprovisionado a conciencia. Precavido, MacRae llevaba el tanque lleno, más dos latas de gasolina, con unos cuarenta litros en total, comida y un gran botellón con agua. No sabía lo que podía pasar por el camino a Hacktown, distante casi trescientos kilómetros de Skyland, hacia el Sudoeste y en pleno desierto.

Ya había adquirido datos sobre Hacktown y estimaba que era el lugar ideal para esconderse con la secuestrada. Pero MacRae

calculaba que una sola mujer era poco para guardar a June. Incluso habrían planeado también el secuestro del aeroplano, con lo que ya eran dos las personas que se debían custodiar. Por tanto, en Hacktown debía haber alguien más para ayudar a Louie Pemberton a vigilar a sus prisioneros, mientras llegaba el precio del rescate.

En vista de ello, había adquirido un rifle con abundante munición. No sabía lo que podía encontrar al llegar a Hacktown y valía más ir prevenido.

Pero el secuestro había cambiado de signo y Barkeln debía saberlo. MacRae tenía un número privado y se fue a una cabina telefónica.

Unos minutos más tarde, estaba en comunicación con el dueño de Wittera.

—¿Qué noticias me da, Mac? —preguntó Barkeln.

—Malas —contestó el joven sin ambages.

—¿Malas? Oiga, yo creía...

—La operación salió bien al noventa y cinco por ciento. Fallé en el cinco por ciento restante, Magnus.

—¿Es que no supo prever las dificultades de ese cinco por ciento? —barbotó el financiero.

—¿Se le habría ocurrido a usted pensar que el profesor Pemberton podía estar también metido en el ajo e independientemente de los otros secuestradores?

—Oh —dijo Barkeln—, ciertamente, es una noticia preocupante.

—Con Pemberton nadie contábamos, bueno, con su hija, que es la que parece dirigir las operaciones. Para el caso, sin embargo, es igual; June está ahora en poder de los Pemberton.

—Pero ¿cómo diablos...?

—Sería largo de explicar, señor; lo único que puedo decirle es que uno de mis ayudantes fue muerto de un tiro en la frente. Ahora yo también tengo un empeño particular en el asunto, ¿comprende?

—Sí, desde luego. Entonces, ¿ha desaparecido June?

—Sé dónde está. En eso he tenido suerte, Magnus. Adiós, no puedo perder más tiempo; ya le llamaré cuando tenga buenas noticias que comunicarle.

MacRae colgó el teléfono y salió de la cabina. Cruzó la estación y se dirigió hacia su «jeep».

Un hombre le cerró el paso de pronto.

—¿MacRae? —dijo.

—Sí —contestó el interpelado.

—Soy Mulberry.

Los dos hombres se contemplaron en silencio durante unos instantes. MacRae vio a un sujeto de buena estatura, delgado, de nariz ligeramente aguileña, ojos penetrantes y pelo entrecano. Sin embargo, Mulberry se veía muy bien conservado.

—El padre, supongo —dijo MacRae al cabo.

—Exacto —confirmó Mulberry.

—Actualmente, suegro de June Barkeln.

—Ya no se llama Barkeln, sino Mulberry, Mac.

El joven se encogió de hombros.

—El apellido, a veces, es un mero ornato —contestó—. Lo siento, no puedo serle útil en nada, señor Mulberry.

—Se equivoca, muchacho. Usted sabe dónde está mi nuera.

—No.

Mulberry se mantenía impasible.

—Su actitud es muy equivocada, Mac —dijo.

—Perdón, pero tengo prisa...

—Sólo un minuto más. Voy a hacerle una proposición y no se lo repetiré por segunda vez —declaró Mulberry—. Usted aceptará o no, pero, en este caso, se convertirá en mi enemigo. ¡Y yo aplasto a mis enemigos se lo advierto de antemano!

MacRae sonrió.

—¿Le gusta copiar a Barkeln? —preguntó.

Mulberry no hizo caso de la ironía.

—Dígame dónde está June y le pagaré medio millón —dijo—. Iremos juntos al Banco y haré la transferencia de un modo legal, en su presencia. Después, usted me dirá dónde está June. Creo que es un buen trato, Mac.

—El trato es magnífico —convino MacRae sin pestañear—, sólo que, acaso por ignorancia, ha omitido usted un detalle.

—Dígamelo, por favor —rogó Mulberry cortésmente.

—Muy sencillo: se ha olvidado de su hijo.

—¿Cómo?

—Su hijo no se ha casado con June por amor, sino por la B.M.O.P. Un modo muy astuto de secuestrar a una mujer, ¿no le parece?

—Pero, eso, ¿qué tiene que ver...? —dijo Mulberry, desconcertado.

MacRae estaba ya sentado tras el volante del «jeep».

—Si usted quisiera verdaderamente a su hijo y su hijo amase realmente a June, usted habría pedido ayuda por caridad y no por dinero —contestó fríamente, a la vez que hacía girar la llave de contacto.

El «jeep» arrancó en tromba. Mulberry hizo una seña con la mano.

Un coche de color oscuro se acercó a la acera.

—Síganle —ordenó a los hombres que había dentro del vehículo—. No le pierdan de vista; ya les daré, instrucciones por radio.

—Bien, señor —contestó el que estaba tras el volante.

CAPÍTULO VII

Hacía calor y abundaba el polvo. Al cabo de una hora de marcha, MacRae detuvo el «jeep» un instante y se puso un pañuelo delante de la cara, tapándose hasta la nariz. Los ojos quedaban protegidos por unas anchas gafas de color obscuro.

Consultó el cuenta kilómetros. Había pasado una hora y sólo había ganado noventa y tantos kilómetros. Con otro coche, podía haber rebasado los ciento veinticinco, por lo menos, pero luego no le serviría para el terreno accidentado en que se hallaba emplazada Hacktown.

Una hora más tarde, encontró una gasolinera. Repostó, tomó una cerveza, se aseó un poco y, diez minutos después, continuó su camino.

A los doscientos cincuenta kilómetros de viaje, encontró un indicador, que señalaba la ruta de Hacktown. Alguien le observó desde una colina, por medio de unos prismáticos, y lo comunicó por radio.

—Intercéptenlo —ordenó Mulberry—. Ya me imagino adónde se dirige.

M observador hizo una seña con la mano. Otro hombre miraba desde un cerro rocoso, situado a dos kilómetros de distancia.

Al ver la señal, abandonó su observatorio y descendió corriendo por la ladera. Había dos hombres parados junto a un coche negro, fumando apaciblemente.

El camino hacía una revuelta al pasar por la base del centro. Los tres individuos se situaron tras el automóvil, precavidamente atravesado en la carretera polvorienta y abandonada.

De pronto, apareció el «jeep».

A sesenta metros, MacRae vio el coche atravesado, se imaginó lo que podía suceder y golpeó el volante hacia su izquierda, al mismo tiempo que pisaba a fondo el pedal de gas.

El «jeep» se salió del camino, rebotando por la llanura continua, como si fuese una pelota de goma. Los esbirros maldijeron al comprender las intenciones de MacRae.

El joven ganó un par de cientos de metros. Divisó un pequeño grupo de rocas, frenó de golpe, agarró el rifle y saltó fuera del vehículo.

Los tres hombres corrían hacia él. MacRae tiró bajo, a las piernas.

Alguien chilló, se agarró el muslo izquierdo con las dos manos y rodó por tierra.

Los otros, amedrantados, se detuvieron en el acto. Estaban armados con pistolas, útiles para distancias inferiores a los cincuenta metros, pero inservibles por completo contra un rifle de gran potencia que disparaba desde más de ciento veinte pasos. MacRae advirtió sus vacilaciones y les envió unos cuantos tiros al suelo, delante de las piernas, como una advertencia de lo que les podía suceder, si seguían adelante.

Uno de los sujetos alzó la mano derecha, señalando con la otra al caído. Con el rifle a punto, MacRae se puso en pie:

—Pueden retirarse. —Accedió a la muda petición.

Pero luego pensó que podían dejar al herido y perseguirle con el coche. Tomó puntería y perforó dos de los neumáticos con sendos proyectiles. Para asegurarse mejor, envió cinco o seis balas al motor.

Los esbirros le maldijeron. MacRae les hizo un gesto de burla, con el pulgar apoyado en la punta de la nariz y la mano extendida.

Luego regresó a su coche y lo puso en marcha. Doscientos metros más adelante, volvió al camino y aceleró para llegar a Hacktown antes de que fuera de noche.

El «jeep» se detuvo en lo alto de una loma. Las sombras caían ya sobre el desierto, convirtiéndolo en un lugar fantasmagórico y lleno de silencioso encanto.

Sí, Hacktown estaba allí, al otro lado de las colinas, a unos tres kilómetros de distancia; ciudad muerta que en tiempos había sido emporio de riqueza, mientras duraron los filones auríferos. El oro se agotó un día y sus habitantes la abandonaron. Hacktown se había convertido en una ciudad fantasma más, de las que tanto abundaban por aquellas regiones.

Estaba en una gran hondonada, de paredes muy suaves, con una salida hacia el Oeste. No lejos de la ciudad había una pequeña charca. Salía humo de una de las casas.

—Bien —suspiró satisfecho—. June está allí.

Pero estaba cansado. Un par de horas de sueño, se dijo, no le estorbarían en absoluto. Así se sentiría fresco y fuerte cuando llegase la hora de la acción.

Apartó el «jeep» a un lado del camino, lo escondió entre unas rocas y sacó una manta. Cinco minutos después, dormía como un tronco.

Despertó a la media noche y rezongó algo entre dientes al darse cuenta de que había dormido más de lo deseado. Sacó algo de agua, se refrescó la cara y luego tomó un bocado. Al terminar, se lamentó de no haberse preparado un termo con café.

Pero ya no podía remediarlo. Agarró una bolsita de lona con cuatro o cinco peines de balas para el rifle, se la colgó del cinturón y echó a andar.

Había lima llena. Los edificios se hicieron claramente visibles media hora más tarde.

MacRae había fijado bien su mente el lugar de donde había visto salir humo. Al llegar a las inmediaciones de la ciudad abandonada, se detuvo unos momentos.

Reinaba un silencio absoluto. El frío se hacía ya sentir. En el desierto, era lógico.

Un coyote aulló a lo lejos. MacRae llegó a lo que sesenta años antes había sido floreciente calle mayor y asomó la cabeza por uno de los edificios en ruinas.

Ya tenía las pupilas habituadas a la luz de la luna. Al otro lado de la calle, a unos cincuenta o sesenta pasos de distancia, había una casa en mejores condiciones que el resto de las edificaciones.

Era lógico que fuese así. Louie Pemberton y sus cómplices habrían estudiado bien la situación antes de llevar a June a la ciudad abandonada.

Se preguntó qué relación podría tener Louie con la hija de Barkeln. Claro que dicha relación procedía de su padre, pero le resultaban incomprensibles los motivos de la joven.

Se los haría explicar cuando hubiese rescatado a June. Dejó la esquina y avanzó hacia la casa, rápido, aunque pisando de puntillas,

con el dedo en el gatillo del rifle.

Los amigos de Louie no eran buenos. MacRae se acordaba mucho de Lefty Ryan. Debía tener cuidado de que no le sucediera lo mismo.

Por cierto, ¿qué había sido de Gordon? ¿Lo habían asesinado también? Desde el cerro no había visto el avión, cosa que le extrañaba considerablemente. Éste era otro punto que también debía aclarar, se dijo.

Alcanzó la casa sospechosa. Los tablones de la antigua acera faltaban en su mayoría y los que quedaban, calculó, debían estar carcomidos. Se acercó a la esquina y buscó el lugar más adecuado para iniciar el asalto.

Entonces fue cuando sintió en la nuca el frío cañón de un arma de fuego.

—Un solo movimiento y le salto la tapa de los sesos —dijo alguien.

MacRae dejó caer el rifle. El otro le quitó la pistola. Luego lanzó un penetrante silbido. Dentro de la casa se produjo cierta conmoción.

Alguien salió a la puerta.

—Schuck, ¿qué ocurre? —preguntó Louie Pemberton.

—He capturado a un espía —contestó el individuo—. ¿Qué hacemos con él?

Louie adelantó el cuello. Otro sujeto apareció de pronto junto a ella.

—Mátalo, Schuck —ordenó.

—¡Quieto! —gritó Louie—. No somos unos asesinos. Éntralo en casa y veremos quién es y qué quiere.

—Cuánta generosidad —rió MacRae—. ¿Le dijeron lo mismo a Lefty antes de agujerearle la cabeza?

—¿Quién era Lefty? —preguntó la joven.

—El hombre que me aguardaba en el fondo del Worldview.

—Oh, usted es...

—Sí, Louie, yo soy Rudy MacRae —confirmó el prisionero—. Ya era hora de que conociera mi nombre completo, creo.

Ella se mordió los labios.

—Vamos, entre —dijo—. Nadie le hará el menor daño, a menos que usted nos obligue.

MacRae avanzó hacia la casa. Alguien, en su interior, encendió una potente lámpara de petróleo.

Los muebles se hallaban en relativo buen estado. Había una habitación al otro lado de la sala. La puerta estaba abierta y, a través de ella, se divisaban dos personas tumbadas en sendos camastros.

—Parece que la tenía todo bien planeado —comentó MacRae.

—Así es, aunque no contábamos con su intervención. Sin embargo, usted nos ayudó bastante, ya que nosotros no habíamos encontrado aún un buen plan para asaltar Worldview con éxito —respondió Louie.

MacRae miró fijamente a la joven. Louie vestía ahora blusa de color caqui y pantalones cortos del mismo color. En torno a la cabeza llevaba atado un pañuelo.

Era una hermosa mujer; Shorten se había quedado corto en los elogios, pensó.

Los individuos le apuntaban con sus armas.

—Son mis amigos —dijo Louie—. Schuck Rissen y Hunt Feller —presentó.

—¿También era amigo el que mató a Lefty?

—Actuó sin mi consentimiento...

—No sé cuál de los dos ha dicho hace unos momentos algo acerca de matarme. La verdad, tiene usted unos amigos que dan escalofríos.

—Basta de charla. —Gruñó Feller—. Louie, ¿qué piensas hacer con este tipo?

Antes de que la muchacha pudiera contestar, sonó una voz en el cuarto contiguo:

—Mac, ¿eres tú? —preguntó Gordon.

—Aquí me tienes, como tú, en el pozo —contestó MacRae, tratando de mostrar buen humor.

Sonó una risita.

—¡Y ése es el superhombre a quien mi padre encargó rescatarme! —dijo June sarcásticamente.

Louie hizo un gesto con la mano.

—Yo me encargaré de él —dijo a los otros.

—No te fíes —aconsejó Rissen.

—Descuida, Schuck. —Los ojos de Louie se clavaron en el rostro

de MacRae—. Rudy, quiero hablar con usted.

MacRae se inclinó.

—Estoy a sus órdenes, señorita Pemm —contestó significativamente.

—Pensé que no nos veríamos más; por eso di un apellido falso sólo a medias —explicó ella—. Venga conmigo a la cocina; creo que hay algo de café.

—Cuidado, Louie —reiteró Feller.

—Tengo algo que dará sensatez al señor MacRae —contestó la joven, a la vez que palmeaba el revólver que pendía de su cinturón.

—Esas cosas siempre me hacen ser muy sensato —rió el prisionero.

Louie caminó delante de él, como dando a entender que no le temía. Llegó a la cocina y buscó dos potes. Luego los llenó con el líquido que había en la cafetera situada sobre el fuego.

—Beba, Rudy —invitó.

Ella estaba apoyada sobre una vieja despensa, en actitud de aparente negligencia, pero, en realidad, en la mejor postura para sacar el revólver, si era necesario.

Tomó un par de sorbos de café y luego miró al joven por encima de su vasija.

—¿Por qué no empieza a hacerme preguntas, Mac? —dijo de pronto.

—Usted ya sabe cuáles son las preguntas que le iba a formular. Por tanto, empiece a hablar —contestó MacRae.

—Tiene usted razón. Es hora ya de que sepa por qué he secuestrado a June Barkeln. Seguro que habló con su padre, ¿no es cierto?

—Sí, pero él mencionó a otros como posibles secuestradores.

—Mulberry.

—Exacto. Añada también a su hijo.

Louie enarcó las cejas.

—¿Danny? —se extrañó.

—Sí. Es el esposo de su prisionera —respondió MacRae.

CAPÍTULO VIII

Profundamente desconcertada, Louie sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios. MacRae le acercó su encendedor.

Ella le dio las gracias distraídamente. Luego dijo:

—No tenía noticias de esa boda, Rudy.

—Es una forma de secuestrar mucho más segura y menos comprometedora que la que ha empleado usted, Louie.

—Algunas de las cosas, no han salido bien...

—Envíe unos ramos de flores a la tumba de Lefty Ryan y del hombre que lo mató. Ésa es una de las cosas que no han salido bien.

—¡Por favor! —dijo ella, con voz crispada.

—Aún ignoro los motivos de su intervención en este asunto, pero temo que ha obrado usted con demasiada ingenuidad.

—¡Barkeln estafó a mi padre! —gritó Louie.

—¿Y qué pretende? ¿Más dinero?

Louie vaciló.

—Hay una patente de mi padre, que...

—Oiga, Louie, no es que yo sienta un especial afecto por Barkeln, pero tengo entendido que se porta bien con quienes colaboran con él. No creo que el fondo del asunto sea cuestión de unos miles de dólares más o menos.

—Se trata de la aplicación de la patente...

—Su padre es un reputado científico, ¿no?

—En efecto —respondió Louie orgullosamente.

—En cambio, estoy seguro, no tiene nada de financiero. Deje los negocios para quienes entienden de ellos. Si el profesor es ambicioso, si quiere más dinero, conforme, que lo exija, pero que no se meta a dirigir algo para lo que, seguramente, carece de dotes. ¿Cuánto gana su padre?

—Veinte mil mensuales y un porcentaje sobre las patentes...

—¿Y todavía quieren más dinero?

—¡No se trata de dinero, sino de la forma de aplicar mejor su último descubrimiento!

—Lo que, en el fondo, daría más dinero, suponiendo que acertasen con su plan. Pero lo más probable es que fracasen, lo que significaría menos dinero. O la ruina.

Louie entornó los ojos.

—Barkeln tiene un magnífico defensor —observó.

—No, sólo soy un tipo que procura portarse objetivamente. ¿Cree que antes de lanzarme a este asunto no estudié siquiera medianamente a sus principales protagonistas? Las distracciones del profesor Pemberton se han convertido en anécdotas que publican regularmente las revistas de chismes sociales. ¿Cómo quiere que ese hombre sea capaz de dirigir su nueva patente con un sentido comercial que garantice el éxito?

La joven pareció acusar el golpe que representaban aquellas palabras. MacRae captó sus dudas, pero decidió no presionar demasiado, para no motivar una reacción inoportuna.

—Hablemos de otra cosa —dijo—. No he visto el avión. ¿Qué ha pasado?

—Está en una hondonada. Gordon se salió del terreno llano que sirve de pista de aterrizaje. Por fortuna, la pendiente es bastante suave y no nos pasó nada, pero el aparato ha quedado inservible.

—Tendrán coches, supongo.

—Uno, claro está, el de mis acompañantes.

—Buenos amigos de Pemberton, me imagino.

—¿Puede dudarse? Ellos quieren que mi padre reciba la recompensa adecuada a sus méritos...

MacRae sonrió. Ella lo notó y se irritó.

—¿Qué le pasa? ¿Es que no me cree? —exclamó.

—Sí, claro, usted lo dice y está convencida de ello. Pero yo, no, por mucho que le moleste. Supongo que habrán avisado ya a Barkeln de que tienen a June en su poder.

—Desde luego. Sólo falta aguardar su respuesta.

—¿Quién la recibirá?

—Mi padre. Entonces vendrá a buscarnos y soltaremos a June.

—¿También el profesor se ha metido en este feo asunto?

—Él no sabe nada. Cuando reciba la contestación de Barkeln, se enterará de que las cosas han cambiado en la Mechanics & Optical y

tendrá que venir aquí a comunicarlo. Barkeln le ordenará que lo haga; ésas son las condiciones que le hemos impuesto.

MacRae meneó la cabeza.

—Louie, estoy segura de que el profesor no aprobará su conducta —dijo.

Ella alzó la barbilla.

—En todo caso, usted no es quién para juzgar nuestros actos —respondió, tajante—. Y ahora que ya conoce la historia, venga conmigo.

Louie le condujo hasta una habitación vacía, cuya ventana estaba sólidamente bloqueada por recias tablas. Todo el mobiliario de la estancia consistía en una vieja manta.

—Ahí se quedará, por el momento, hasta que venga mi padre con la noticia de que Barkeln ha accedido a nuestras condiciones —decretó, con acento que excluía de modo radical toda posible objeción.

La puerta se cerró. MacRae quedó envuelto por las tinieblas.

Pero no se amilanó. Sacó su encendedor y consultó la hora. Eran las dos de la madrugada.

Se tendió en el suelo y se envolvió en la manta. Cerró los ojos; le convenía descansar, aunque fuese en un duro suelo de tablas.

Transcurrió media hora. MacRae se dio cuenta de pronto de que no podía dormir.

Encendió un cigarrillo. Luego otro y otro. Aburrido, empezó a pensar en el modo de salir de aquel atolladero.

Encendió el mechero y examinó las tablas del pavimento. El registro de que había sido objeto no había tenido demasiada minuciosidad. Sacó la navaja de su bolsillo y empezó a hurgar en una de las tablas.

La superficie exterior era sólo una máscara. Debajo, los insectos y el tiempo habían hecho su labor destructora. Minutos más tarde, empezaba a levantar un buen trozo de tabla.

Aire fresco y puro le dio en la cara. La casa estaba situada a casi un metro del suelo, cosa lógica. Con otra tabla más, se dijo, tendría anchura suficiente para escapar.

Sorprendería a uno de los compañeros de Louie y...

Algo chirrió en la cerradura. Los músculos de MacRae se tensaron.

La puerta se abrió ligeramente.

—Yo encenderé la linterna —dijo Rissen—. Usa la pistola con silenciador, Hunt.

—Descuida, Schuck.

Pisando de puntillas, MacRae se situó a un lado de la puerta. Cuando Rissen la abrió, MacRae empezó a usar la tabla sin tacañería.

Se oyó un grito de dolor. Algo chasqueó de pronto.

—¡Idiota, me has matad...!

Rissen no pudo continuar. Su voz se quebró en un siniestro gorgoteo.

Un cuerpo humano se estrelló contra el suelo. MacRae movió la tabla una vez más y golpeó una mano armada. La pistola cayó al suelo.

Dentro de la casa, sonaron gritos. Feller, de pronto, acometido por el pánico, dio media vuelta y escapó.

MacRae se inclinó y se apoderó de la pistola. Luego salió en persecución del sujeto, que ya abría la puerta de la calle.

—¡Alto, Hunt! —gritó.

Pero el hombre no le hizo el menor caso y continuó corriendo. MacRae salió en su persecución; le interesaba capturarlo, para eliminar un posible enemigo.

Feller dobló una esquina y MacRae le siguió. Al otro lado del callejón había un automóvil parado.

MacRae tiró contra una de las ruedas del coche, que explotó sonoramente. Feller, desesperado, se volvió contra él y usó una pistola que no tenía silenciador.

Las detonaciones resonaron ensordecedoramente en el silencio de la noche. MacRae se tiró al suelo y contestó al fuego de su adversario.

De pronto, Feller emitió un agudo alarido. Soltó el arma y se llevó las manos al pecho. Luego se derrumbó al pie del automóvil.

MacRae se puso en pie. Iba a acercarse al caído, cuando oyó la voz de Louie:

—¡Hunt! ¡Schuck! ¿Qué ha pasado aquí?

El joven saltó a un lado, en busca de la sombra protectora. Louie apareció de pronto, con su revólver en la mano.

—Chica, si no quiere correr la suerte de esos dos imbéciles,

suelte ese cacharro —ordenó.

Louie vaciló un momento. Luego lanzó el revólver delante de sí.

—Me gustan las chicas obedientes —dijo MacRae, complacido.

MacRae se acercó a Louie. Las facciones de la joven aparecían contraídas.

—¿Qué ha sido de Feller y de Rissen? —preguntó.

—Han tenido mala suerte —respondió MacRae fríamente.

Louie tendió la vista hacia el bulto inmóvil que estaba junto al coche y se estremeció.

—Usted...

—Oiga, él me disparó. ¿Iba a estarme quieto?

—Y el otro...

—Al otro lo mató su propio compinche. Lo único que hice yo fue atizarle con una tabla que había arrancado del suelo de la habitación donde me encerraron. El arma se disparó e hirió a Rissen. O a Feller, tanto me da.

—No tiene usted piedad —dijo Louie, rabiosa.

—Me gustaría ser un tipo grosero para abofetearla. Esos tipos vinieron a mi habitación para liquidarme. Se lo oí claramente, compréndalo. No iba a permitir que me matasen como un corderito, ¿comprende?

—Pero podía haber dejado escapar a Feller...

—Sólo quería capturarlo, para interrogarlo. Él empezó a tiros y yo le contesté, eso es todo. Louie, la culpa de esto no es mía, sino suya; yo no he concebido la brillante idea de secuestrar a June Barkeln.

Ella bajó la cabeza, dándose cuenta de la justicia de los reproches de su interlocutor.

—Sólo quería ayudar a mi padre —dijo, tratando de disculparse—. No era mi intención que se causara daño a nadie.

—Tal vez, pero el primero que murió fue un buen amigo mío, Lefty Ryan, y ése sí que no tenía culpa de nada. Empezando por él, las demás muertes se le pueden achacar a usted.

—Pero ellos querían ayudarme...

—Louie, temo que es usted demasiado ingenua. Esos tipos habían visto ya en perspectiva montañas de dinero y es muy posible que sus planes fuesen completamente distintos de los que usted había ideado. Por una presa como June se puede pedir cualquier

suma de dinero, por fantástica que sea. ¿Lo entiende ahora?

—No me queda otro remedio —dijo ella—. ¿Qué va a hacer conmigo, Rudy?

MacRae se encogió de hombros.

—Me siento terriblemente fatigado —dijo—. Necesitaría diez horas seguidas de sueño. Vamos a la casa, allí pensaré algo.

Agarró a la joven por un brazo y echó a andar. Louie se dejó llevar sin oponer la menor resistencia.

CAPÍTULO IX

MacRae abrió la puerta donde estaban encerrados June y el piloto. Gordon se sentó en el camastro, miró a su amigo y adivinó el cambio de situación en el acto.

—Juraría que estamos libres —exclamó, sonriendo anchamente.

—Lo has acertado, Bill.

—Entonces, ¿podemos irnos? —exclamó June, ansiosa.

—¿Adónde? —preguntó MacRae intencionadamente.

—A Worldwiew, por supuesto.

MacRae negó con la cabeza.

—Nada de eso. Usted hará el viaje conmigo a Wittera. Una vez que esté allí, podrá hacer lo que le dé la gana, incluso romper una botella en la cabeza del autor de sus días. Pero mientras tanto, acatará todas mis órdenes o le sentaré la mano encima.

June alzó la barbilla, desafiante.

—Atrévase a tocarme —dijo, casi gritando.

—Aún tiene el mentón morado —contestó MacRae—. No sería la primera vez, por tanto, pequeña.

—Me pilló desprevenida...

—¡Basta! —Rugió el joven—. Cállese o la ataré. No trate de hacer conmigo el papel de niña rica y mimada; eso es algo que me deja frío por completo. Quizá le impresione mucho a su esposo, suponiendo que la quiera...

—Danny me ama locamente —protestó June.

—Habría que ver si diría lo mismo, si usted fuese pobre. Pero no quiero seguir discutiendo más. Bill, estoy muy cansado; llevo dos noches que no he dormido nada, prácticamente. ¿Quieres encargarte de la vigilancia, mientras duermo un rato?

—Con mucho gusto, Mac —contestó Gordon.

Y se dispuso a salir de la estancia, pero MacRae lo retuvo por un brazo.

—Oye, Bill, tú eres un magnífico piloto —elogió—. ¿Cómo diablos pudiste destrozar tu propio avión?

—Si fuese un piloto vulgar, a estas horas no estarías hablando conmigo —contestó Gordon—. La pista es demasiado pequeña, por lo menos, para mi avión.

—Pero otro más pequeño y de menor potencia podría aterrizar sin mayores inconvenientes.

—Hombre, sí...

MacRae palmeó el hombro de su amigo.

—Gracias, Bill, eso es todo. —Entró en la habitación, se quitó las botas y se tendió en uno de los camastros. Un minuto más tarde, dormía como un leño.

Olor de café y huevos fritos con tocino llegó a su pituitaria. El estómago le pegó un par de sacudidas y se puso en pie.

Se oían voces en la cocina. MacRae se puso las botas y caminó hacia allí. Gordon discutía con las mujeres. June y Louie se peleaban entre sí.

El piloto sonreía socarronamente, mientras freía huevos en la sartén.

—Es usted una imprevisora... —decía June.

—Ellos tuvieron un pinchazo en el camino. —Se defendió Louie.

—¿Qué sucede, chicas? —preguntó MacRae, apoyado en la jamba de la puerta.

Gordon se volvió.

—Bienvenido al gallinero —saludó jovialmente. Si te esperas unos minutos, te serviré huevos con tocino, galletas y café.

—Comida de dioses —dijo MacRae, poniendo los ojos en blanco.

—Una porquería. —Calificó June.

—Claro, como estás acostumbrada a comer lenguas de faisán y pechugas de colibrí... —dijo Louie burlonamente.

—No me insulte —chilló June.

—Basta, muchachas —cortó el piloto—. June está furiosa, Mac.

—¿Por qué? —preguntó el aludido.

—Quiso escapar con nuestro coche, pero hay una rueda agujereada por una bala —explicó Louie—. En cuanto a la de repuesto, Fuller y Rissen tuvieron un pinchazo en el viaje a Hacktown.

—Por tanto, ese coche está inútil.

—Exactamente. De modo que me niego a aceptar los reproches que me dirige June, porque yo no soy culpable de lo ocurrido.

—Tampoco ha querido escaparse conmigo. Le ofrecí dinero y lo rechazó —declaró la hija de Barkeln.

—Ella sabe de sobra lo que yo quiero. El dinero me interesa mucho menos de lo que se piensa —adujo Louie.

—Bueno, féminas, basta de palabrería. A comer —exclamó el piloto, empezando a poner platos sobre la mesa.

Platos y vasos eran de cartón, aunque los manjares que contenía, si bien elementales, resultaron de primera calidad.

—Estaban bien prevenidos, ¿eh? —comentó MacRae, a mitad del almuerzo.

—Pensábamos estar aquí una o dos semanas —admitió Louie de mala gana.

June no había tocado su plato, limitándose a mordisquear una galleta y a tomar unos sorbos de café. Con toda desenvoltura, Gordon se apoderó del plato de la chica y empezó a zamparse su contenido.

—Si sigue así, puede que conserve la línea, pero no sé qué dirá su esposo al verla tan delgada —comentó, con la boca llena—. ¿Le gustan más las gorditas?

—Váyase al diablo —refunfuñó June.

—Bill, termina pronto; tengo trabajo para ti —indicó MacRae.

Minutos más tarde, Gordon dijo estar listo. El joven le hizo una seña con la mano.

Salieron fuera. MacRae tendió la mano hacia el cerro donde había dejado su «jeep».

—Toma la llave de contacto —dijo—. Verás una cartera de mano. Hay en ella veinte mil dólares. Alquila una avioneta donde sea y ven mañana a buscarnos.

—Muy bien, Mac. ¿Algo más?

—Te esperamos al amanecer. Ah, en cuanto llegues a un lugar habitado, telefona a Barkeln en mi nombre. Dile que no se preocupe por la chica, que está a salvo y en seguridad. Te daré su teléfono privado; pide conexión con la central de Miami y allí te darán contacto con Barkeln por radioteléfono. Gastos a cuenta del llamado, ¿entendido?

—Sí, Mac. Quédate tranquilo; mañana, al amanecer, me tendrás

aquí con la avioneta. Ah, tendrás que hacer algo poco agradable. Me refiero a los dos fiambres, claro.

MacRae torció el gesto.

—Lo difícil será encontrar una pala —dijo.

—Pídeselo a la buscadora de oro —contestó Gordon—. Está al otro lado del pueblo.

MacRae abrió la boca de par en par. Antes de que pudiera decir nada, su amigo emprendería la marcha, silbando alegremente, en busca del «jeep».

Con el sombrero echado hacia adelante, MacRae se apoyó en un madero y contempló la labor que realizaba aquella solitaria mujer. Le pareció increíble que una persona pudiera vivir en el pueblo muerto y, más todavía, que fuese del sexo débil.

Ella extraía tierra con una pala, que arrojaba luego sobre una gran escalera de peldaños muy bajos, el último de los cuales iba a dar a la charca. La artesa podía contener holgadamente un par de metros cúbicos de tierra.

La mujer vestía una camisa, sudada por las axilas, pantalones y se cubría con un sombrero de fibra, de alas anchas. Parecía fuerte, aunque, desde donde estaba, MacRae no le podía ver la cara.

De pronto, ella suspendió su labor y se enderezó para mirarle.

—¿Busca algo? —preguntó.

MacRae se descubrió cortésmente.

—Su pala, cuando termine el trabajo, señora —contestó.

—Creo que entiendo. ¿Cuántos son los fiambres?

—Dos, señora. Es raro que no se alarmase usted por los disparos...

Ella se encogió de hombros.

—La cosa no iba contra mí, así que di media vuelta y continué durmiendo. Si alguien se quiere meter conmigo, puede costarle la broma muy cara. —La pala apuntó a un rifle que había apoyado en uno de los maderos de la estructura.

—Ya entiendo —sonrió el joven—. De todas formas, ni los muertos ni yo tenemos prisa. Por cierto, me llamo Rudy MacRae.

—Cynara Ordinn —se presentó ella secamente.

Y continuó lanzando paletadas de tierra a la artesa.

Junto a la artesa había una gran bomba de agua, manual, conectada a la charca por medio de una larga manguera. MacRae

comprendió que el líquido servía para lavar la tierra, que iba siendo arrastrada a lo largo de los cajones, en cuyo fondo se sedimentaba el polvo de oro, mucho más pesado.

—Un procedimiento algo anticuado, ¿no cree, señora? —comentó.

—Lo que saco por este medio no da para maquinaria más costosa. Necesito todo el oro y me basta con mis brazos —respondió ella.

Era fuerte, de senos henchidos y amplias caderas, pero en cierto modo, esbelta. Sus brazos y su rostro estaban muy morenos, tostados por el implacable sol del desierto.

De pronto, Cynara se irguió y le lanzó la pala.

—Ya puede empezar, sepulturero —dijo.

MacRae se agachó para recoger la herramienta, pero antes, curioso, se acercó a la artesa. Cynara hacía ya funcionar la bomba.

El agua cayó en la artesa a los pocos momentos, con la ayuda de una pala más pequeña, Cynara, de cuando en cuando, revolvía la tierra mezclada con líquido.

—¿Vive usted sola en Hacktown? —preguntó él de pronto.

—Sí, —respondió Cynara, sin abandonar su tarea.

—Me gustaría saber cómo se suministra usted: ya sabe, comida y demás. Si no le importa.

—No me importa. Un amigo viene una vez por mes y me trae víveres con su camioneta. ¿Satisfecho?

MacRae asintió, mientras observaba que el agua sobrante se perdía a lo largo de un reguero, que no iba a parar precisamente a la charca, siendo embebida más tarde por la tierra reseca.

—Oiga —dijo de pronto—, ¿no se agotará la charca algún día?

—Está alimentada por un pequeño manantial, que da el caudal suficiente para reponer las pérdidas que yo pueda ocasionar —explicó Cynara.

MacRae se acercó al último de los cajones. Ya se veían allí unos puntitos brillantes.

Curioso, metió la mano en el agua. La voz de Cynara sonó de pronto:

—¡No toque el oro, si quiere seguir viviendo!

MacRae se volvió. Ella le apuntaba, resuelta, con el rifle.

—Siento haberla molestado, señora —dijo—. No era mi

intención quitarle ni un solo gramo del oro que usted consigue con tanto trabajo.

El rostro de Cynara se dulcificó por primera vez.

—Usted no es como los otros —manifestó—. Ayer vinieron aquí y se burlaron de mí. Luego quisieron tomar algo más que el oro.

MacRae contempló a la mujer de pies a cabeza. Sonrió.

—Ciertamente, Cynara, usted vale mucho más que todo el oro del mundo —declaró.

La noche era clara, fría y estrellada. Louie y June, como agotadas, permanecían en silencio.

Había una vieja chimenea en la casa. MacRae les aconsejó que la encendieran.

—¿Cómo? —preguntó Louie, ingenuamente.

—Hay madera en abundancia. No hace falta más que arrancarla de las casas —contestó él. Meneó la cabeza y, mientras salía por la puerta, dijo—: Estas chicas de hoy día... Tan resueltas para algunas cosas, pero, en otras, se ahogan en menos de un vaso de agua.

Caminó a lo largo de la calle mayor, llenándose los pulmones de aquel aire seco y reconfortante. De pronto, vio una luz en la última casa de la calle.

Se acercó a la ventana iluminada. Estaba abierta.

Cynara se cepillaba el pelo frente a un espejo. Ahora tenía un aspecto distinto del que ofrecía por la tarde, cuando la vio trabajando.

—Hola —saludó alegremente.

Ella volvió un poco los ojos y sonrió.

—Entre a tomar una copa conmigo, Mac —invitó—. Sin hielo, claro; aquí no podemos tener esos lujos.

MacRae entró en la casa a través de la ventana. A lo lejos, Louie, poniéndose las manos en las caderas, dijo:

—¿Has visto, June?

—Todos los hombres son iguales —contestó la otra despreciativamente, a la vez que hacía una mueca.

CAPÍTULO X

Cynara rechazó el cigarrillo que le ofrecía su invitado.

—No fumo —manifestó.

MacRae la miró críticamente.

—Es usted muy joven —dijo—. ¿Por qué se ha encerrado aquí de modo voluntario?

—Con un poco de paciencia, se puede sacar oro en cantidades moderadas. Hace ochenta años, Hacktown era un emporio de riqueza, pero la gente se fue demasiado pronto.

—Hablábamos de su juventud. No tiene sentido encerrarse aquí a su edad...

—Veintinueve años, curioso —sonrió Cynara—. Pero necesito el oro para él.

—Hay un hombre. —Adivinó MacRae.

—Sí.

«Está preso en alguna parte, seguro», pensó el joven. Y no quiso insistir más sobre el tema.

—Cynara —dijo.

—¿Sí, Rudy?

—¿Qué pasó ayer con los dos tipos? Me refiero a los que buscaban algo más que oro.

—Estuvieron a punto de encontrar plomo.

—Oh, comprendo. Es usted una mujer muy resuelta.

Cynara le miró a través de los párpados entreabiertos. Estaba sentada lánguidamente en un viejo diván, con las piernas cruzadas y el vaso de licor en la mano. Ahora vestía una blusa de gran escote, que dejaba ver unos hombros redondos, de mórbida blancura, que contrastaban extrañamente con el color tostado de su cara y de sus brazos.

—¿Quién le habló a usted del oro de Hacktown? —preguntó él.

—Un amigo. En realidad, yo vuelvo a lavar los residuos de

mineral que desechaban los mineros del siglo pasado. Su labor era muy imperfecta y de ello me aprovecho yo.

—Ya entiendo. Cynara, brindo por su hombre.

MacRae levantó el vaso. Ella le imitó.

—En estos momentos, estás brindando por ti mismo, Rudy —dijo.

MacRae la miró sorprendido. Luego, de pronto, dejó el vaso a un lado y se acercó a ella.

Cynara se puso en pie y se dejó abrazar.

—A veces me siento muy sola —suspiró.

—Es comprensible —murmuró MacRae. Y alargó la mano hacia la rueda reguladora de la mecha del quinqué para apagar la luz.

En la calle, inesperadamente, sonaron unos gritos femeninos:

—¡Ahí viene!

—¡Rudy! ¡Rudy!

MacRae se levantó de un salto y corrió hacia la ventana. Cynara, sobresaltada, le siguió en el acto.

—¿Qué pasa, Rudy? —preguntó.

—Parece ser que viene alguien —contestó él.

Se veían unos faros de automóvil que se acercaban lentamente a la ciudad. MacRae pasó una pierna por el antepecho de la ventana y salió al exterior.

El coche entraba ya en la ciudad. MacRae frunció el ceño al darse cuenta de que no se oía el ruido del motor.

—Louie, June, escóndanse, pronto —gritó.

—¿Sospechas algo, Rudy? —preguntó Cynara.

—A decir verdad, esto no me gusta nada —respondió él.

Echó a correr, cruzó la calle y se dirigió hacia la casa por la trasera. Alcanzó el edificio, entró en la cocina y recuperó su rifle.

El «jeep» se había detenido a pocos pasos de la casa. June y Louie, detrás de una ventana, contemplaban el vehículo, en el cual había un sujeto inmóvil.

—Parece... —dijo Louie pasados unos instantes, pero no se atrevió a completar la frase.

—No parece, es Gordon —exclamó MacRae con voz tensa.

Abrió la puerta y salió a la calle. Apenas lo había hecho, estalló un disparo.

La bala arrancó astillas de una viga cercana. MacRae retrocedió

y se metió de un salto dentro de la casa.

—Son ellos. —Gruñó.

—¿Ellos? ¿Quiénes? —preguntó Louie.

—Los amiguitos del señor Mulberry —contestó él, mientras colocaba una bala en la recámara del rifle.

De repente, tableteó una ametralladora.

—¡Al suelo! —gritó MacRae.

Louie se quejó. Las balas chasquearon en la madera de la fachada. Había un par de vidrios en la ventana y saltaron en mil pedazos.

El petardeo de la ametralladora se apagó a los pocos momentos. Entonces, alguien, provisto de un megáfono, llamó:

—¡MacRae! Sabemos que tiene ahí a June Barkeln. Entréguela y no le pasará nada. De lo contrario, atacaremos hasta llenarles el cuerpo de plomo.

MacRae notó un movimiento a su izquierda.

—¿Qué le pasa, Louie?

—No es nada —comentó la joven—. Creo que una astilla me ha rasgado la piel del hombro. No se preocupe, Mac.

El megáfono tronó de nuevo:

—Vamos, MacRae, ¿qué nos contesta? Usted sabe, además, que tenemos derecho a exigir que deje libre a June.

El joven se volvió hacia la hija de Barkeln.

—La respuesta es suya —murmuró.

—Quiero ver a mi marido y hablar con él —dijo June, decidida.

—Muy bien. —MacRae alzó la voz—. ¿Está ahí Danny Mulberry?

La ametralladora tableteó en contestación a la demanda. De súbito, se oyeron varias detonaciones.

Un hombre gritó agudamente. MacRae se sintió desconcertado, porque no comprendía el origen de aquellos disparos.

La ametralladora hizo fuego en otra dirección. MacRae se asomó a la ventana y envió una salva de proyectiles al lugar donde veía los chispazos de la máquina.

El rifle tronó de nuevo. De pronto, alguien chilló. Los foganazos de la ametralladora se encararon ahora al suelo. El tableteo cesó.

Súbitamente, alguien emitió una maldición:

—Esto no puede seguir así. Señor Mulberry, salga usted y de la

cara. Algo tiene que hacer, ¿no le parece?

Los faros del «jeep» continuaban encendidos. MacRae miró un momento hacia el conductor y se estremeció.

—¡Oigan, soy Danny Mulberry! Voy a acercarme, desarmado, con las manos en alto. ¡Quiero hablar con mi mujer!

MacRae se puso en pie.

—Está bien, June, ahora le toca a usted —indicó.

La muchacha se incorporó. MacRae sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo entregó a Louie.

—En el botiquín de urgencia del «jeep» hay elementos de cura. Luego veremos su herida —dijo.

—Está bien, Rudy —contestó ella.

A la luz de la luna, se veía a un hombre que avanzaba hacia la casa con los brazos en alto. June salió a la puerta.

MacRae se colocó, prudente, a un par de pasos de distancia. Danny Mulberry subió a la acera.

—Hola, June —saludó.

—¿Qué tal, Danny? —contestó la muchacha.

Aqué! no era hombre para ninguna mujer, pensó MacRae. Demasiado guapo tal vez, pero, al mismo tiempo, débil, codicioso e irresolutivo. Un juguete en manos de alguien con mucha ambición, calculó.

—Eres mi mujer. Nos casamos legalmente. Debes seguirme —dijo Mulberry.

—No, Danny —contestó la muchacha—. No iré contigo.

—¡Eres mi esposa! —chilló el recién llegado.

—Lo dudo mucho —dijo June sorprendentemente.

Hubo un momento de silencio. Luego, de súbito, Mulberry saltó hacia la muchacha, agarró uno de sus brazos y le puso una pistola en el costado derecho.

—June, te digo que vendrás conmigo, aunque tenga que llevarte a rastras —barbotó—. Y ustedes, quietos dónde están o apretaré el gatillo.

La situación había dado un vuelco completo, se dijo MacRae. Mulberry temblaba visiblemente. Estaba muy nervioso. Ello podía resultar pernicioso para la muchacha.

—Vamos, June —dijo Mulberry, a la vez que tiraba de ella.

June dirigió a MacRae una mirada suplicante.

—No puedo hacer nada —manifestó el joven.

—Eso está bien —rió Mulberry—. Siga dónde está, detective de pacotilla. Es probable que así conserve el pellejo intacto.

La pareja se separó unos pasos de la puerta de la casa, caminando a lo largo de la acera. Louie tenía la respiración en suspenso; no se atrevía a pronunciar una sola palabra que pudiera romper el frágil equilibrio de la situación.

Mulberry y su presa llegaron de pronto al final del edificio, donde había un callejón en tinieblas. De súbito, se oyó una voz de mujer:

—Forajido, suelte a esa chica o le volaré los sesos.

Mulberry se acobardó al sentir en su sien el frío contacto de un arma de fuego. Instintivamente, soltó el revólver.

El cañón del rifle le pegó entonces en la boca. Mulberry emitió un rugido inhumano, mientras se tambaleaba como un beodo.

—Chica, corra a la casa —ordenó Cynara.

June no se hizo de rogar. Cynara usó el rifle de nuevo y golpeó el estómago de Mulberry, dejándolo sentado en el suelo.

Alguien disparó un tiro. MacRae tiró de June y la hizo meterse en la casa.

Cynara hizo fuego un par de veces desde el callejón. Luego escapó a la carrera.

MacRae corrió hacia adelante, pero alguien había recogido la ametralladora y disparó una larga ráfaga. Tuve que tirarse al suelo, esperando a que pasara el chaparrón de balas. Luego volvió reptando y se metió de nuevo en la casa.

—Lo siento, no he podido —dijo.

—¿Qué es lo que no ha podido? —preguntó Louie.

—Quería haber atrapado a Mulberry, a fin de tenerlo como rehén y obligar a los otros a marcharse.

—Hubiera sido una buena baza a nuestro favor, en efecto.

Había vuelto el silencio. June estaba sentada en el suelo, de espaldas a la ventana, callada, inmóvil.

A diez pasos, se veía el «jeep» parado, con su tripulante quieto sobre el volante. Para MacRae, la cosa no ofrecía dudas: Gordon había sido asesinado.

—Alguien lo pagará muy caro —masculló entre dientes.

De pronto, Louie se volvió hacia él.

—Me pregunto quién nos ha ayudado tan oportunamente —dijo.

—Mujer, ¿es que no reconoció su voz? —sonrió MacRae.

—La buscadora de oro, ¿eh?

—En efecto, ella misma.

—¿Por qué lo hizo, Rudy?

—Tal vez por simpatía hacia mí, supongo. Si Rissen y Feller hubieran estado vivos, no hubiese levantado un dedo por ayudarles.

—¿Por qué, Rudy?

—Intentaron abusar de ella, para entretener la espera, hasta que llegase usted.

—Oh —dijo Louie, muy sorprendida—. Sospecho que elegí mal a mis colaboradores.

—Fue una elección pésima, en efecto —corroboró él.

—Pero a usted le ha ayudado... y hasta le acogió en su casa...

—Ya le he dicho que siente simpatía por mí. Me porté educadamente con ella y lo agradeció invitándome a una copa en su casa. Luego vio que nos encontrábamos en apuros y nos ayudó.

—Cosa que es de muy agradecer —admitió Louie—. Pero ¿qué hace esa mujer sola, aquí, en Hacktown?

—Reúne oro. Tiene a no sé quién en la cárcel y quiere sacarlo libre.

—Entiendo. Un proceder muy noble, Rudy.

—Lo mismo opino yo —sonrió el joven.

De pronto, Louie se dio cuenta de que June seguía silenciosa e inmóvil.

—Muchacha, ¿qué le pasa? —preguntó, acucillándose frente a ella.

—Ahora sé cuál es la verdad. Ya tengo los ojos abiertos —contestó June con voz opaca.

—¿Los ojos abiertos? —se extrañó Louie.

—Sí. Danny me engañó. No soy su mujer. Fue una ceremonia falsa. Los documentos, por tanto, tienen que ser también falsos.

—¿Cómo lo sabe usted, June? —inquirió MacRae.

—He reconocido la voz del pastor que nos casó. Es el hombre que habló la primera vez por el megáfono.

CAPÍTULO XI

—Una forma de secuestrar a las personas muy inteligente —comentó Louie, tras la ligera pausa que siguió a la declaración de June.

—El proyecto es bueno —admitió MacRae—. La ejecución, sin embargo, pésima.

—¿Usted cree?

—Salta a la vista. June. —Se dirigió a la muchacha—, trate de olvidar. La vida no se acaba con un matrimonio frustrado. Hay hombres mejores que Danny Mulberry por muchos sitios y no dudo que acabará por encontrar el que se merece.

—Por cierto, aún no nos ha dicho quién es el falso pastor —terció Louie.

—Dijo llamarse Pellon, es todo lo que sé —contestó June.

La voz de Pellon resonó súbitamente:

—MacRae, vamos a darle la última oportunidad. Entregue a la chica y nos olvidaremos de usted. De lo contrario, atacaremos sin compasión.

MacRae se acercó a la ventana.

—Pellon, ella ya sabe que el matrimonio es falso. Si muriese, Danny no podría alegar derechos de herencia, puesto que no es el esposo de June.

—Es un matrimonio válido. La boda fue legal.

—¿Con un rufián y pistolero como oficiante?

—¡Basta! Le doy un minuto para que...

Se oyó un disparo. La voz de Pellon se distorsionó extrañamente.

—Cuidado, allí, a la derecha —dijo alguien.

Dos disparos más sonaron en otro punto. MacRae oyó claramente quejarse a Pellon. Una de las balas le había destrozado el megáfono.

Varios estampidos más sonaron, siempre por distintos puntos.

MacRae se echó a reír.

—Cynara nos está resultando una guerrillera magnífica —dijo.
Alguien se quejó de pronto, con un sonoro aullido.

—¿Qué te pasa, Bart? —gritó Pellon.

Una leve claridad se divisó hacia el este. MacRae asomó ligeramente la cabeza y divisó unos automóviles parados a la entrada de la ciudad.

—Louie, tome mi pistola —dijo—. Voy a contraatacar por retaguardia.

La joven le miró intensamente.

—Tenga cuidado. Esos tipos están dispuestos a todo —advirtió.

—Me basta mirar al pobre Bill para no olvidarlo —contestó él sombríamente.

Louie dirigió la vista a través de la ventana y se estremeció. Sí, Rudy tenía razón, se dijo.

MacRae salió de la casa por la puerta posterior y corrió a lo largo de una zanja natural, formada por un accidente del terreno. Dio luego un rodeo y se tendió en el suelo, en un saliente situado a quince o veinte metros sobre el nivel de la entrada del pueblo.

MacRae podía verlos, parapetados tras los automóviles. Había dos cuerpos tendidos en el suelo, completamente inmóviles.

El megáfono, ya había luz suficiente, estaba tirado a un lado, perforado por el balazo que Cynara había disparado tan certeramente. Había un hombre, tratando de poner un vendaje en el hombro herido de su compinche.

Dos más estaban ligeramente aparte. Parecían conferenciar.

«Mulberry y Pellon», pensó el joven.

Tendió el rifle. Convenía seguir la guerra de nervios.

La cura del herido terminó. El otro recogió la metralleta y puso un nuevo peine de balas.

De súbito, MacRae hizo fuego.

Los atacantes se sobresaltaron. El rifle de MacRae era automático, de modo que no necesitaba cargarlo después de cada disparo.

Media docena de balas partieron hacia el grupo. MacRae no tenía intención de herirles, sino más bien de hacerles ver la debilidad de su posición.

Una de las balas reventó un neumático. El de la ametralladora se

volvió y levantó su mortífero artefacto.

De repente, alguien disparó desde el otro lado de la carretera. El hombre de la ametralladora se estremeció.

Empezó a girar sobre sí mismo. De pronto, su cuerpo fue sacudido por una horrible convulsión.

El índice se crispó sobre el gatillo. La boca del arma estaba en aquel momento frente al rostro del herido. Una cabeza humana saltó en mil sangrientos pedazos por los aires, cuando la ráfaga de balas la alcanzó de lleno.

Dos hombres rodaron por tierra. Aterrado, Mulberry saltó a uno de los coches y lo hizo arrancar.

Pellon se zambulló de cabeza en el vehículo, que partió a toda velocidad, dejando como estela una espesa nube de polvo. MacRae se puso en pie y agitó una mano.

—¡Cynara! —llamó.

La mujer se incorporó.

—Hola, Rudy —saludó.

MacRae emprendió el descenso. Llegó al camino y contempló los cuerpos inmóviles que yacían sobre el suelo polvoriento.

—Han recibido la paga de los forajidos —murmuró.

Cynara llegó y le miró penetrantemente.

—Dos han conseguido escapar —dijo.

—No tiene importancia —contestó él—. Gracias por habernos ayudado, pero ¿por qué...?

El pecho de la mujer se hinchó tempestuosamente.

—Una vez amé a un hombre. Alguien le arrastró a esta vida y pereció en un tiroteo. Detesto a los forajidos, Rudy.

—Sí, entiendo.

Echaron a andar. Louie y June salían de la casa.

—Creo que ya estamos seguros —dijo MacRae al llegar junto a ellas—. Pero sólo por el momento; Mulberry y Pellon han conseguido largarse.

June tenía los ojos llenos de lágrimas, aunque no dijo nada. Cynara contemplaba expectantemente a las dos muchachas.

De pronto, MacRae se acercó al coche.

Cynara y Louie le siguieron. MacRae frunció el ceño al no ver ninguna herida en el cuerpo de su amigo.

Era sólo un error de apreciación. Echó hacia atrás el cadáver y le

desabrochó la camisa.

El pecho estaba limpio. Las heridas estaban más abajo de la cintura.

Louie se horrorizó. Los ojos de Cynara se dilataron.

—¿Cómo es posible que haya gente tan salvaje? —exclamó, llena de indignación.

—Le capturaron vivo y luego lo torturaron, a fin de arrancarle datos que les interesaban —supuso MacRae—. Se notan incluso huellas de la mordaza que le pusieron en los primeros momentos, para que no pudiéramos escuchar sus gritos de dolor.

—Pero el coche llegó...

MacRae se volvió hacia Louie, que era quien acababa de hablar.

—Lo empujaron un rato y luego lo dejaron que rodase hasta aquí —explicó—. Simplemente, querían que nos acercásemos para empezar a disparar, cómodamente parapetados.

—Sí, ya entiendo.

De pronto, June puso una mano en el brazo del joven.

—Rudy, quiero volver a Wittera —declaró, con voz débil.

MacRae se acercó a Cynara.

—Nunca olvidaré estos momentos —dijo.

Ella tenía los ojos húmedos.

—Has sido como un rayo de sol en mi vida —manifestó.

—No sigas aquí, Cynara. Vuelve a algún sitio donde no estés tan sola —aconsejó MacRae.

—Él murió hace poco más de un año. Todavía no he conseguido olvidarlo del todo, aunque tú has estado a punto de horrorarlo de mi memoria.

—Mujer, fueron sólo unas horas...

—Maravillosas —suspiró Cynara—, pero seguiré aquí una temporada. Ahora me gusta la soledad, la quietud, el silencio... Un día sentiré la necesidad de compañía y volveré a algún lugar habitado. Creo que entonces ya habré conseguido olvidar.

—Ojalá sea como deseas —dijo él—. Cynara, tu ayuda ha resultado muy valiosa. Yo querría hacerte un buen regalo, pero no hay tiendas a mano. Permíteme que te dé algo a cambio.

Un pequeño paquete pasó a manos de la mujer. Cynara abrió los ojos desmesuradamente.

—Pero, Rudy...

—Acéptalo —pidió MacRae.

—No, no puedo, es demasiado dinero... A ti puede hacerte falta...

—No te preocupes. Para el que me lo dio, representa menos que diez centavos para ti. Y no me pedirá explicaciones por el dinero de mis gastos, tenlo por seguro.

—Debe de ser un hombre muy rico.

—Lo es. Y no malo del todo. —De pronto, MacRae frunció el ceño—. ¿Cuánto tiempo piensas estar aquí, Cynara?

—Oh, un año... Ahora, quizá menos...

—Sigue aquí hasta que venga a buscarte. Quizá tenga un buen empleo para ti.

Ella se empujó sobre las puntas de los pies para besarle.

—Te deseo toda la suerte del mundo —dijo. Le guiñó un ojo y, maliciosa, preguntó—: ¿Cuál de las dos, Rudy?

—Ninguna —contestó él, a la vez que se echaba a reír.

Momentos más tarde, se sentaba tras el volante.

—Una despedida conmovedora —dijo Louie, sarcástica.

—Tendría que aprender mucho de esa mujer —contestó él de mal talante.

—Oh, sí, claro, trabaja abnegadamente para sacar de la cárcel a su fulano...

—No tiene a nadie en la cárcel. Su esposo murió hace año y medio. Lo que hace es trabajar para poder pagar los gastos de su hijo de ocho años, interno en un colegio.

La boca de Louie formó una «O» mayúscula, de asombro. June no dijo nada; sentada en el asiento posterior, permanecía sumida en sus amargos y poco reconfortables pensamientos.

El automóvil atacó una curva. Parada en un altozano, Cynara era una minúscula figurilla en la lejanía.

MacRae sacó una mano y la agitó. Cynara contestó con un gesto análogo.

De pronto, Louie dijo:

—Rudy, le pido perdón por lo que he dicho hace unos momentos. A veces, no lo puedo evitar, soy un poco impulsiva y...

MacRae metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó un paquete de tabaco.

—Ande, enciéndame un cigarrillo —pidió con voz natural.

CAPÍTULO XII

—Esperen ahí hasta que llegue mi avión particular —ordenó Barkeln a través del radioteléfono—. Quiero que vengan a Wittera con toda seguridad, ¿me ha entendido?

—Sí, señor.

—El aparato está en revisión. Ya he dado orden de que aceleren los trabajos. Antes de veinticuatro horas, el piloto se presentará a usted. Se llama Clay Hampton.

—Bien, señor.

—No se despegue de mi hija. Es mi hija, naturalmente, pero aunque hubiesen empleado otro procedimiento, yo no cedería. Jamás me han gustado los chantajistas. Un chantajista es como un tramposo, un jugador de ventaja...

—Un fullero.

—Exactamente. Veo que me comprende, Mac. Gracias por todo.

—Ah, una pregunta, señor —dijo MacRae de pronto.

—Sí, diga.

—Me parece que necesita usted un ama de llaves en Wittera, ¿no es así?

—¿Qué le hace suponer tal cosa, Mac?

—Lo vi cuando estuve allí. Un ama de llaves fiel y activa, además de inteligente, da prestancia a una casa, aparte de que las cosas marchan mejor. Un mayordomo es algo que impresiona mucho a la gente, pero hay cosas que no puede hacer.

—Sospecho que quiere recomendarme a alguien para ese puesto, Mac.

—Sí, señor.

—Bien, tráigase a su ama de llaves cuando venga. Y no olvide mis recomendaciones.

Barkeln cortó la comunicación. MacRae volvió el teléfono a la horquilla.

June estaba en la habitación contigua. Entró y la vio tendida en la cama, con un brazo sobre los ojos.

—¿Duerme, June? —preguntó.

Ella hizo un gesto negativo.

—Creo que comprendo lo que le sucede —siguió MacRae—. Todavía no ha podido digerir el desengaño que le causó Danny.

—Por favor, no me lo recuerde...

—Trataré de no molestarla más en este asunto, pero procure ser animosa. Dejarse abatir no es cosa que la beneficie. Y, a fin de cuentas, sólo tiene veinte años. ¡Quién los pillara! —suspiró.

De pronto, llamaron a la puerta.

—No se mueva, June —aconsejó él en voz baja.

Salió del dormitorio y cerró cuidadosamente. Luego cruzó la salita de la *suite del hotel donde se alojaban, después de su llegada a Miami*.

Abrió, con la mano en el interior de la chaqueta, oprimiendo con fuerza la culata de su pistola. Un gesto de asombro se dibujó en su rostro al reconocer a su visitante.

—¿Qué tal, señor Mulberry? —saludó con toda cortesía.

—Hola, Mac —contestó el visitante.

MacRae se echó, a un lado.

—Imagino que viene a decirme algo de importancia, de modo que no conviene que lo discutamos en el pasillo —dijo.

—Es usted muy amable. Gracias.

Mulberry se quitó el sombrero al cruzar el umbral. MacRae cerró y se apoyó en la puerta, con los brazos cruzados.

—Siéntese y empiece —invitó.

—Puedo hablar de pie —dijo Mulberry—. Supongo que se imagina de sobra los motivos de mi visita.

—Variaciones sobre el mismo tema —contestó MacRae con sorna—. ¿Me va a ofrecer ahora un millón?

—No, ya no quiero emplear en usted un solo centavo. Tengo otro medio mejor de presionarle.

—¿Sí? ¡Qué interesante! Expóngalo, se lo suplico.

—Casi no hace falta mencionar a June, aunque resulta obvio que ella es el tema principal de este poco agradable asunto.

—Yo diría que el tema principal es la Mechanics & Optical, señor Mulberry.

—Tiene usted razón. ¿Cómo había podido olvidarlo? Pero quiero que reflexione un poco, Mac. Esa empresa me sigue interesando todavía.

—Sí, es una especie de cuerno de la abundancia que no cesa de manar.

—Justamente. ¿No haría usted cualquier cosa por conseguir el dominio de un negocio semejante?

—Lo dudo mucho. El dinero deja de interesarme en cuanto rebasa cierta cifra. Me preocupo sólo por tener lo necesario y un poco más para reserva en cualquier apuro. Pero una gran fortuna sería para mí una fuente de preocupaciones más que de satisfacción.

—Interesante filosofía. Y admirable, sobre todo, en este mundo de hoy, tan dado al materialismo. Por eso mismo he variado mi plan de acción respecto a usted.

—Oh, ya no piensa ofrecerme dinero. —Adivinó MacRae.

—Exactamente. A pesar de todo, sigo queriendo a June, a fin de emplearla como arma que me permita doblegar a su padre.

—Barkeln es terriblemente testarudo...

—Pero se derrite por su hija. Sería capaz de cualquier cosa, por evitar que sufra el menor daño.

—Ya lo ha sufrido. La boda fue un engaño.

—Necesitábamos tiempo. Y debíamos evitar que se nos acusara de secuestro. June estaba con su esposo. La policía no hubiera podido hacer nada.

—Lo malo fue que su hijo tuvo la desdichada idea de llevarse consigo al falso pastor. June comprendió así la comedia que había sido su boda.

—Danny, a veces, es idiota —dijo Mulberry sin conmiseración—. Por fortuna, yo estoy aquí para arreglar las cosas.

—Me gustaría conocer el procedimiento —sonrió MacRae.

—Es bien sencillo. Tengo a Louie Pemberton en mi poder. Se la cambio por June Barkeln.

Hubo un momento de silencio.

MacRae contuvo la respiración.

Sentía deseos de arrojarle contra Mulberry, pero se daba cuenta de que unos cuantos puñetazos no resolvían el problema.

Miró a su visitante. Mulberry sonreía, triunfador.

—A usted, la hija de Barkeln y su negocio le importan un rábano

—manifestó—. Pero la suerte de Louie Pemberton no puede resultarle indiferente.

—¿Cómo sabe que me importa algo esa chica? —preguntó MacRae.

—Tengo un excelente servicio de información. Y estoy tejiendo una red que, tarde o temprano, más bien temprano, me llevará al dominio absoluto de la Mechanics & Optical.

Mulberry se dirigió hacia la puerta.

—Le llamaré dentro de veinticuatro horas. Espero una respuesta afirmativa a mi proposición —se despidió.

—Lo he oído todo —declaró June.

MacRae se volvió. La muchacha estaba en la puerta de su dormitorio.

—Creí reconocer la voz de Mulberry —siguió ella—. Abrí una rendija. Eso me permitió escuchar claramente todo lo que dijo ese forajido.

—Entonces, no es necesario que yo le explique lo que sucede.

—Por supuesto. Rudy, ¿qué piensa hacer?

MacRae se dio cuenta de que June le miraba intensamente, como queriendo adivinar sus propósitos.

—Puedo ser un rehén en manos de Mulberry —dijo la chica—. Mi padre, cedería, seguro.

—Mulberry no me gusta en absoluto. —Gruñó el joven—. Sólo con pensar en las torturas que infringieron al pobre Bill Gordon, me pongo enfermo. Eso me basta para estar siempre en su contra.

—Bien, pero Louie está ahora en sus manos. Y, estoy segura, no le dirá nada a su padre.

—El asunto está entre nosotros. Tal vez, la única solución esté en rescatarla, pero ignoro dónde pueden haberla escondido.

June se pellizcó el labio inferior.

—Quizá la tenga en su residencia privada, cerca de Blue Gardens —aventuró.

—¿Dónde está eso? —preguntó MacRae ávidamente.

—Es un complejo residencial muy exclusivo. Está situado a unos cuarenta kilómetros al norte de Miami. Hay playas privadas y pequeños parques particulares. Allí no vive quien quiere, sino quien puede.

—June, ¿es posible que un hombre como Mulberry desee más

dinero? —se asombró Mac Rae.

Ella se encogió de hombros.

—Así parece —contestó—. Yo no estoy en el pellejo de Mulberry, de modo que sólo nos podemos guiar por lo que sabemos con certeza.

—Una respuesta muy sensata. Bien, June, si yo voy a rescatar a Louie, tendré que dejarla a usted sola y eso no nos conviene.

—Puedo acompañarle...

—Olvídelo, no quiero que corra el menor riesgo. Déjeme pensar en una solución.

MacRae se acercó a una mesita con licores y se sirvió una copa. June le contemplaba especulativamente, mientras el joven se paseaba por la sala, sumido en sus reflexiones.

De pronto, MacRae se acercó al teléfono, lo levantó y marcó un número.

—¿Andy? —dijo segundos después—. ¿Cómo estás? Soy MacRae. Necesito que me hagas un favor. Te pagaré bien... No seas tonto; trabajo para alguien al que no le importa el dinero. Y necesito que lo hagas cuanto antes...

MacRae habló durante algunos minutos. Al terminar, colgó el aparato y se volvió hacia la muchacha.

—¿Tiene usted unas tijeras? —preguntó.

—Sí, en el tocador... ¿Para qué las quiere? —se extrañó June.

MacRae se acercó a ella y tocó su pelo con los dedos.

—Lástima de cabellera —dijo—. Pero ya le crecerá.

—Oh. —Se sofocó la muchacha—. ¿Es, que va a cortarme el pelo?

—Hasta dejárselo como el de un chicuelo —confirmó él, impasible.

Los dos hombres cruzaron el vestíbulo del hotel. Ambos llevaban unas chaquetillas cortas, en cuya espalda podía leerse el nombre de una empresa dedicada a fumigaciones aéreas.

Uno de los individuos era bastante joven y usaba bigotito y grandes gafas de color. El otro, era más corpulento y cojeaba ligeramente al andar. Ambos eran portadores de sendas bolsas de viaje, con el nombre de la empresa igualmente grabado en los costados.

MacRae vio salir a la pareja desde el bar del hotel. El tipo que,

sentado en una butaca, frente a los ascensores, simulaba leer una revista, no prestó la menor atención a los individuos.

MacRae sonrió para sí. Abonó el importe de la consumición y se dirigió hacia uno de los ascensores.

El espía se levantó. Momentos después, se asomaba al pasillo del piso en que se hallaba la *suite ocupada por June y MacRae*.

El corredor se hallaba desierto en aquellos momentos. De pronto, se abrió una puerta y asomó una mano, armada con una pistola.

—Acércate, gorrión —ordenó MacRae, sonriendo.

El espía obedeció, mordiéndose los labios de rabia. Entró en el cuarto y, en el mismo momento, el arma se abatió sobre su cráneo.

Un cuarto de hora más tarde, MacRae volvió a salir. Cerró la puerta con llave, la hizo saltar en la palma de la mano y, silbando alegremente, se dirigió hacia el ascensor.

Detrás de él, quedaba un hombre sólidamente atado y amordazado. En la recepción del hotel había orden de no molestar a los ocupantes de la *suite hasta el desayuno del día siguiente*.

En la puerta del hotel, MacRae levantó la vista al cielo. Empezaba a oscurecer. Era la hora mejor para iniciar la operación del rescate de Louie Pemberton.

CAPÍTULO XIII

La valla era de recio tejido de alambre. Andy Hays, el piloto del helicóptero fumigador, le había traído, además, algunos elementos que consideraba necesarios para entrar en la fortaleza de los Mulberry.

Mientras trabajaba con los alicates, MacRae se preguntó si, en el fondo de aquel asunto y aparte del enorme volumen de dinero que entrañaba la operación, había algún otro motivo particular. De otro modo, se dijo, no se comprendía la insistencia de Mulberry.

Aquel sujeto tenía prácticamente en sus manos la empresa. Sus ingresos eran fabulosos. ¿Qué pretendía? ¿Poder? ¿Venderlo a algún consorcio internacional que le pagaría una suma incalculable, aunque mucho menor de lo que la B.M.O.P., valía en realidad?

La vida de Louie estaba en juego y eso era lo que más importaba en aquellos momentos, se dijo, mientras seccionaba los últimos hilos de metal.

Cruzó la valla. Entre la frondosidad de la vegetación, se divisaban las luces encendidas de la casa.

Caminó lentamente, sin hacer el menor ruido. El cinturón le pesaba más de lo corriente. Había motivos para ello.

Alcanzó la casa y miró a través de una ventana iluminada. De pronto, oyó un grito de mujer:

—¡No, ahí no!

MacRae se puso rígido.

Era Louie. ¿Qué pretendían hacer con ella?

Resistió el primer impulso. Debía mantener la serenidad a toda costa.

Alguien emitió una feroz carcajada. «Le partiré los labios», dijo el joven para sí, refiriéndose a Danny, que era quien había reído.

—¡No me toque, cerdo! —protestó Louie.

—Déjala, Danny. —Sonó la voz, más grave, de Craig Mulberry.

—Es tan guapa...

—Cierra el pico, idiota. ¿Cuándo vas a aprender a tener dos dedos de frente?

Las voces sonaban al otro lado de la casa. MacRae avanzó pegado a la pared, con la pistola en la mano.

De pronto, alcanzó la esquina. Entonces vio algo que le puso los pelos de punta.

Louie completamente desnuda, estaba suspendida por las muñecas de una cuerda atada directamente al extremo de una recia pértiga, como la pluma de una grúa, de varios metros de longitud. Bajo los pies de la muchacha había un gran estanque.

—Están hambrientos —dijo Mulberry.

Agarró algo de encima de una mesa contigua y lo lanzó al estanque. Las aguas se arremolinaron siniestramente.

MacRae sintió que la frente se le cubría de sudor. Había allí algo así como media docena de feroces aligátors, ninguno de los cuales, calculó, medía menos de tres metros de largo.

La cuerda de la que pendía Louie corría por la roldana de una polea y venía a quedar sujeta a un pequeño molinete, situado junto a la base de la pértiga. Bastaba un golpe al retén del molinete, para que la muchacha se precipitase en el estanque, donde los saurios darían buena cuenta de ella en pocos minutos.

Los pies de Louie quedaban a unos cuatro metros de la superficie del estanque. Por el momento, convenía evitar que alguno de los saurios, en un salto impensado, pudiera alcanzarla con sus dientes en las piernas.

—Bien —dijo Mulberry de pronto—, y ahora, sólo falta esperar la llegada de ese entrometido de MacRae. Hace ya rato que ha salido del hotel, de modo que no puede tardar mucho.

—Estoy aquí —exclamó el aludido de repente—. Observo que tiene usted un eficientísimo servicio de información, señor Mulberry.

—Mucho mejor de lo que usted supone —contestó Mulberry—. Pero me extraña mucho no verle con June.

—Hablemos de Louie. ¿Sería capaz de lanzarla al estanque?

Mulberry agitó un pequeño martillo.

—Un golpe en el retén del molinete y...

—Papá, déjame que lo haga yo —pidió Danny—. Tengo una

cuenta pendiente con esos dos.

—Calla —ordenó Mulberry—. Aquí no mueve nadie una sola pestaña, sin que yo de permiso.

—Un maravilloso ejemplo de democracia y amor paternal —comentó el joven cáusticamente—. Bien, Mulberry, no he traído a June y no pienso entregársela.

—Usted no querrá sentenciar a muerte a la señorita Pemberton, ¿verdad?

MacRae levantó los ojos hacia el blanco cuerpo de la muchacha, brillantemente iluminado por un par de focos situados en la pared del edificio.

—Descuide, Louie; la sacaré de este apuro —prometió.

—Fanfarronea demasiado —barbotó Danny.

—Esperaba que viniese sin June —dijo Mulberry—. Me imaginé que ella le hablaría de esta residencia y prepararé adecuadamente la recepción. Tarde o temprano, Mac, encontraré a June, eso puede tenerlo por seguro. Pero si va a ser tarde, Louie ya no estará viva para conocer la noticia.

—¿Y cómo sabe que esa chica me importa algo, Mulberry?

El gerente soltó una risita.

—Soy buen psicólogo —contestó—. Usted, además de muy inteligente, es todo un caballero. No puede consentir lo que Louie sufra el menor daño. June, además, es algo inalcanzable para usted. Por tanto, se inclinará hacia mi prisionera. Y no querrá que le pase nada, por supuesto.

Mulberry agarró otro pedazo de carne y lo lanzó al estanque. Los saurios se agitaron ruidosamente.

—Mac, tiene exactamente cinco segundos para decidirse. O hace un trato conmigo o la chica irá a parar al estanque. —Intimó Mulberry con voz tonante.

MacRae no se inmutó. Echó la mano a la parte posterior de su cinturón, dio un fuerte tirón y arrancó algo con la mano.

—Mulberry, toque ese molinete con el martillo y le haré pedazos —amenazó—. Ya he quitado la anilla de seguridad de la bomba; en el momento en que abra la mano, se la tiraré a los pies.

Hubo un momento de silencio.

Pellon lanzó una repentina maldición. El otro esbirro se retiró precipitadamente unos pasos.

—¡No cedas, padre! —gritó Danny.

—Usted aquí no pinta nada, imbécil —le apostrofó MacRae—. Vamos, Mulberry, haga funcionar ese molinete, pero en sentido inverso. Quiero ver a Louie en tierra firme o la bomba le estallará entre las piernas.

Pellon empezó a moverse. MacRae sacó otra bomba a relucir.

—¡Quieto o le pulverizo! —amenazó.

El pistolero se inmovilizó en el acto. Mulberry sudaba copiosamente.

—La... la metralla le alcanzará también a usted... —dijo.

—Mejor será que no me obligue a hacer la prueba —contestó el joven fríamente.

Mulberry cedió al fin.

—Pellon —dijo escuetamente.

El esbirro se acercó a la pértiga y la hizo girar, con la plataforma en la que estaba instalado el molinete, de modo que Louie quedaba situada ahora sobre la tierra firme. Destrincó el aparejo y permitió que girase lentamente.

De súbito, Danny lanzó un ahogado grito de rabia y se arrojó sobre el molinete.

—No, esa maldita tiene que morir...

—¡Contenga a su hijo o le haré pedazos! —Tronó MacRae.

Mulberry se arrojó sobre el muchacho y le pegó un fuerte empujón.

—Apártate, Danny —gritó, descompuesto.

Danny retrocedió un par de pasos. De pronto, perdió el equilibrio y, lanzando un agudísimo chillido, cayó en el estanque.

Los aligátores se arrojaron velozmente hacia él. Pellon, estupefacto, soltó el molinete y Louie rodó sobre la hierba.

Mulberry gritaba como un poseído. Pellon sacó su pistola y la emprendió a tiros con los saurios, pero sus disparos no podían detener la voraz furia de las bestias.

Danny asomó medio cuerpo fuera del agua. Agitó un brazo y quiso agarrarse a una piedra, pero no pudo: había perdido la mano.

Mulberry se arrojó sobre él y trató de sacarlo del agua. Los saurios aferraron las piernas de Danny y se lo llevaron al fondo del estanque.

MacRae decidió que había que hacer algo. Las dos bombas

fueron a parar al estanque. Un aligátor saltó en pedazos fuera del agua.

Los otros colearon furiosamente, pero se quedaron quietos a los pocos momentos. Mulberry se arrojó contra el joven, pero MacRae le paró, poniéndole su pistola en la garganta.

—Danny estaba ya perdido —dijo—. Había que evitarle sufrimientos innecesarios. Trate de comprenderlo... ¡y entienda también que todo lo ocurrido es culpa suya exclusivamente!

Mulberry boqueó. Quería hablar, pero no podía.

Sin volver la cabeza si quiera, MacRae dio una orden:

—Pellon, desate a la señorita Pemberton y entréguele sus ropas. Hágalo o aquí mismo acabará la raza de los Mulberry.

El pistolero, resignado, obedeció.

Minutos más tarde, MacRae y Louie se disponían a emprender la marcha.

Mulberry parecía sumido en un total abatimiento. Estaba sentado en una silla y tenía la cabeza hundida entre las manos.

—Le diré una cosa, Mulberry —habló MacRae, antes de marchar de aquel lugar—. Tal vez uno de sus espías le informó que yo venía hacia aquí. El otro no pudo decirle nada, porque está atado y amordazado en la habitación de June. En cuanto a la propia June, a estas horas, me imagino, ya ha llegado a Wittera.

Ya no dijo más. Agarró a la muchacha por un brazo y, sin dejar de encañonar a los esbirros con su pistola, retrocedió en busca de la salida.

Louie se sentó en el coche y reclinó la cabeza en el respaldo del asiento, mientras MacRae daba el contacto.

—Me parece resucitar —suspiró la joven.

—Abra la guantera —indicó MacRae—. Encontrará un frasquito de metal. Tómese un trago, lo está necesitando.

—No es mala idea —aprobó Louie—. Rudy, ¿he de decir que estoy viva gracias a usted o es una frase tópica que no se debe pronunciar?

—Me debe la vida y algún día le haré pagar esa deuda —sonrió él—. Pero lo importante de todo es que está a salvo.

—Y June también. Por cierto, ¿cómo ha conseguido enviarla a Wittera?

—Muy sencillo. Tengo un amigo que pilota un helicóptero de

una compañía de fumigación. A June le corté el pelo y le puse un bigote. Mi amigo trajo ropas con los rótulos de la empresa. Así salieron del hotel... claro que mi amigo, a fin de no hacerse sospechoso, vino primero con ropas corrientes.

—Ingenioso —alabó la muchacha—. Su amigo no podía entrar en el hotel con ropa de faena, porque a los informadores de Mulberry les hubiera extrañado ver entrar a un hombre solo y salir acompañado de otro empleado.

—Justamente. Además, me trajo las bombas de mano y...

Louie se estremeció.

—No me lo recuerde —dijo—. ¡Pensar que he estado a punto de morir como el pobre Danny!

—Ha tenido una muerte lastimosa, pero, aunque suene duro, no le compadezco. Piense en Bill Gordon. Y también debe pensar en Lefty Ryan.

—No me lo reproche —pidió ella—. Yo pensé que aquellos hombres eran amigos míos...

—Vieron la posibilidad de un negocio y dejaron los escrúpulos a un lado. Usted debió haberlos estudiado mejor, antes de aliarse con ellos.

—Siempre me lo reprocharé —contestó Louie—, pero trate de comprenderme también; me sentía furiosa con Barkeln... El trato que ha dado a mi padre no es el más adecuado. La Mechanics & Optical debe a mi padre, al menos, el cincuenta de su auge actual.

—Muy bien —dijo él—. En tal caso, pronto tendrá ocasión de decírselo a Barkeln en persona.

—¿Cómo? ¿Es que va a venir a Miami?

—Nada de eso. Usted irá a Wittera.

—¡Rudy! Me sorprende...

—Irá a Wittera. Y puede que esté allí ya mañana al amanecer —aseguró el joven rotundamente.

La afirmación de MacRae resultó un poco aventurada. Pete Johnson no llegó sino hasta las siete de la mañana.

—El patrón le espera —dijo—. Quiere expresarle personalmente su gratitud por haber rescatado a la chica.

MacRae empujó a Louie hacia el piloto del helicóptero.

—Llévela usted —ordenó—. Yo iré más tarde, mañana o pasado,

con el avión de Hampton.

—Supongo que sabe lo que se hace, Mac —dijo Johnson.

—Sí, lo sé. Buen viaje, Louie.

—Venga pronto a Wittera —rogó la muchacha.

Cuando el helicóptero alzaba el vuelo, un hombre se acercó a MacRae.

—Soy Hampton —se presentó—. Estoy dispuesto para volar a Wittera.

—Nada de eso, amiguito —sonrió el joven—. Adónde vamos a ir usted y yo es a Hacktown, en Colorado.

CAPÍTULO XIV

MacRae ayudó a Cynara a llevar sus cosas al avión. La mujer se sentía aprensiva.

—El empleo parece bueno, pero ¿me aceptará Barkeln? —dudó. MacRae sonrió.

—Me debe demasiado para no hacerme este pequeño favor —contestó—. Eh, ¿también se lleva el rifle? —exclamó de pronto, al verlo entre el equipaje.

—No voy a dejarlo aquí, abandonado —respondió Cynara.

Hampton cerró la portezuela.

—He hablado con el jefe hace un momento —anunció—. Está que vomita lava, como un volcán en erupción.

—Ya tiene a su hija a salvo. ¿Qué más quiere? —Gruñó MacRae—. Sube, Cynara.

Ella le miró conmovida.

—¿Crees que Barkeln me aceptará? —preguntó.

—Me debe mucho —contestó él. Pero no le quiso decir los planes que tenía al respecto—. En Wittera estarás bien y ganarás lo suficiente para Tommy, sin necesidad de romperte el espinazo ni de encallecer las palmas de tus manos.

—No se me ocurría otro medio. Además, necesitaba una temporada de soledad... La muerte de mi esposo me abatió enormemente...

MacRae le palmeó una mejilla.

—Ya te recobrarás —dijo—: Llegué a pensar que el hombre de quien hablabas estaba preso en alguna parte y querías sacarlo de la cárcel.

—Tommy me dice en sus cartas que ya es todo un hombre —respondió Cynara, orgullosa.

—No lo dudo. Anda, vamos.

Subieron al avión, un enorme anfibio, que también servía para el

transporte de suministros a Wittera. MacRae suspiró; hasta el día siguiente, no alcanzarían el término de su viaje.

El bimotor podía despegar en un espacio muy corto. Hampton demostró ser un hábil piloto y se elevó con toda seguridad.

Había un par de cabinas, cómodamente instaladas. MacRae se descalzó, se tumbó en una blanca litera y se tapó la cara con su sombrero. El monótono ruido de los motores, filtrado por el fuselaje, acabó por dormirle a los pocos momentos.

Cuando despertó, era ya de noche. El piloto abrió de repente la puerta de la cámara.

—Mac, el patrón quiere hablarle. Será mejor que acuda pronto y si a usted no le importa en absoluto, piense que yo tengo mujer e hijos.

El joven se echó a reír ante la patética apelación de Hampton. Se puso las botas y, sin atárselas siquiera pasó a la cabina de mandos.

Hampton le entregó el micrófono.

—MacRae al habla, señor.

—¿Cuándo piensa venir, Rudy? —preguntó Barkeln.

—Estamos en vuelo, Magnus. Creo que tardaremos aún cuatro o cinco horas, pero deberíamos retrasar un poco la llegada, a fin de que Hampton pueda ver el momento del amerizaje...

—Será mejor que reposten y continúen vuelo sin pérdida de tiempo. Temo algo malo, Rudy. Me he quedado solo en Wittera con mi hija y la otra chica —declaró Barkeln sorprendentemente.

—Esto es una locura —declaró el piloto, mientras daba vueltas en la noche por encima de la mancha oscura que resaltaba en el mar.

—Vamos, hombre. —Le animó MacRae—. Tiene espacio de sobra. Puede amerizar a un par de millas de la isla y acercarse luego poco a poco. Y si no se atreve, piense en su mujer y en sus hijos.

—Por ellos lo hago —masculló Hampton.

El bimotor perdió altura. MacRae consultó su reloj.

—Las cinco de la mañana —dijo.

—Me gustaría saber qué ha pasado en Wittera para que todo el mundo le haya abandonado —dijo Cynara.

—No tardaremos mucho en averiguarlo. Pero de una cosa puedes estar segura: es obra de Mulberry.

—¿Habrá sobornado a los guardias?

—Si no es así, no me lo explico. Dijo que tenía una red formidable; quizá alguno de los hombres de la isla «trabajó» a los otros y...

La panza del bimotor chapoteó de pronto en el mar. Hampton lo guió con mano firme hacia la oscura silueta que se divisaba delante de la proa.

Un poco más adelante, Hampton detuvo el aparato.

—No me atrevo a seguir —dijo—. Lanzaré al agua el bote de goma. Estamos a unos doscientos metros de la orilla y hay algunos arrecifes, que ahora no puedo ver. Me disgustaría abrirle un agujero al avión.

—Muy bien. ¿Cynara?

—Estoy lista —contestó ella.

Minutos más tarde, el bote flotaba sobre las aguas. Cynara pasó a bordo, con su pequeño equipaje, sin soltar el rifle.

—Lo que me faltaba, remar. —Gruñó MacRae.

Sudaba al alcanzar el muelle. En el momento en que ponía pie en tierra firme, sonó un disparo en lo alto de la muralla.

La bala silbó sobre sus cabezas. Cynara cargó velozmente su rifle.

—¡Quietos ahí! Tenemos una ametralladora apuntándoles —gritó una voz de mujer.

—Cuidado, Louie, somos nosotros —contestó el joven.

—¡Rudy! —exclamó ella, alborozadamente.

—¡Mac! —llamó June—. ¿Ha traído un médico?

—¿Médico? Nadie me ha dicho nada... ¿Qué diablos pasa?

—Mi padre tiene viruelas. Por eso se marcharon todos de la isla.

—¡Rayos! —exclamó MacRae—. ¿Seguro, June?

—Tiene la cara llena de manchas. A la gente le entró pánico y escaparon a todo correr. Sólo Louie y yo nos quedamos.

—Es extraño —murmuró MacRae. Se volvió hacia su acompañante—. Cynara, ¿qué piensas hacer?

—Te lo diré cuando haya visto a Barkeln —contestó la aludida.

—Bien, en tal caso, vamos arriba.

Subieron por la escalera. El túnel de acceso estaba brillantemente iluminado. Cynara se estremeció al ver aquélla orgía de luz y colores, multiplicados alucinantemente.

Momentos después, salían al exterior.

—June, quiero ver a su padre inmediatamente —dijo Cynara.

—Yo me quedo aquí —manifestó MacRae—. Infórmeme pronto de lo que haya.

Cynara y June se alejaron a la carrera. MacRae se enfrentó con Louie.

—No veo ninguna ametralladora —manifestó.

—No queda ni una sola —contestó ella—. Alguien las tiró al mar, con todo el armamento. Mi revólver es la única arma que queda ahora en toda Wittera.

—Juraría que se prepara un desembarco. Bien, yo tengo una pistola y dos bombas de mano... y Cynara su rifle, por supuesto.

—¿Por qué la ha traído, Rudy?

—Barkeln necesita un ama de llaves activa y competente, y Cynara empieza a cansarse de lavar tierra en Hacktown.

—Ah, ya entiendo. Rudy, ¿cree que vendrán?

—Claro —rió el joven—. Mulberry lo ha preparado todo para desembarcar sin obstáculos.

—Empiezo a sospechar que no hay tal viruela —dijo Louie.

—Resulta altamente significativo que sólo Barkeln haya contraído la enfermedad, ¿no le parece?

—Sí, pero las manchas que yo he visto, en su cara...

El petardeo de un motor se oyó a lo lejos. Todavía no había bastante luz para distinguir los objetos en lontananza.

—Louie, vaya a la casa y pídale el rifle a Cynara —ordenó él—. Mientras, déjeme su revólver.

—Sí, Rudy.

La muchacha se lanzó a la carrera. MacRae quedó en lo alto de la muralla, justo en la parte que daba sobre el muelle, que se encontraba a menos de cien pasos de distancia.

El

«pof-pof»

de la motora aumentó de volumen. Ahora navegaba a velocidad moderada, con objeto de llegar a la isla sin inconvenientes.

Barkeln apareció de pronto en la muralla, junto con Cynara y la otra muchacha.

—No tengo viruela —declaró.

—Eso es estupendo, Magnus. ¿Cómo lo has sabido?

—Cynara fue enfermera hace años. Me quitó las manchas de la

cara con un algodón empapado de alcohol. No se iban con agua, pero sí con alcohol —explicó Barkeln.

—Bebería estar ardiendo de fiebre y su temperatura es normal —añadió Cynara.

—Sospecho que alguien me narcotizó y luego me pintó la cara. El efecto era de un realismo sorprendente. Alguien gritó que yo tenía la viruela y la estampida se produjo en cuestión de minutos.

—Seguramente, un tipo sobornado por Mulberry —opinó MacRae—. A no dudarlo, el mismo que lanzó al mar todas las armas de la isla.

Ya había algo de luz. Una gran lancha se aproximaba lentamente a la isla.

—Déjame el rifle, Cynara... —pidió MacRae.

—No, Rudy; yo conozco mucho mejor que tú este tipo de armas —contestó la aludida.

—Si hubiera sido usted más explícito, cuando me habló por radio, durante el viaje, ahora tendríamos aquí un arsenal. —Se lamentó el joven.

—No podía divulgar lo que me sucedía, compréndalo —respondió Barkeln.

MacRae colocó las dos bombas delante de sí, en el parapeto de la muralla. Louie fue a recobrar su revólver, pero se le anticipó el propio Barkeln.

—Me pregunto qué objeto tuvo el bombardeo —murmuró—. Si me hubiesen matado, Mulberry no hubiera conseguido sus propósitos.

—Se equivoca. June creía firmemente que era la esposa de Danny. Se hubiera convertido en la heredera de usted y así los Mulberry, pero sobre todo el padre, habrían mangoneado la empresa a su capricho.

—Sí, creo que tiene razón.

—Bueno, ahí están —dijo Cynara de pronto.

—Cuidado —advirtió MacRae—. A partir de ahora, yo dirijo las operaciones. Cynara, ¿qué munición tienes?

—Unos treinta cartuchos, Rudy.

—No dispare un solo tiro sin que yo te lo ordene. Usted, Magnus, vaya a la casa y vigile el túnel por los monitores de televisión. June, ve allí y tráete un transistor de radio; su padre y yo

debemos estar en contacto continuamente.

Las órdenes fueron obedecidas puntualmente. Desde su puesto, MacRae y las dos mujeres pudieron ver a media docena de hombres que ponían pie en el muelle.

—Vamos a darles una buena sorpresa —dijo el joven en voz baja. Y desenganchó la anilla de una de las bombas.

Cinco o seis individuos emprendieron la ascensión por la escalera que conducía al túnel. MacRae lanzó la primera bomba.

En la grisácea claridad del amanecer, se divisó un vivísimo fogonazo, seguido de un tremendo estampido.

Dos cuerpos humanos saltaron por los aires. Uno rodó por las rocas y se sumergió en el mar.

Los demás retrocedieron, disparando sus pistolas frenéticamente.

—Con eso no conseguirán más que ruido —dijo Cynara con acento desdenoso.

De súbito, una ametralladora tableteó en el puente de la lancha.

—¡Agáchense! —gritó MacRae.

Las balas decrestaron el parapeto. MacRae se arrastró por el suelo.

—Ven, Cynara.

Ella le siguió. La ametralladora disparaba furiosamente.

Bajo la protección de su fuego, tres, hombres acometieron de nuevo la escalera. MacRae se asomó un momento y tiró la segunda bomba.

Uno de los atacantes rodó por la escalera. Los otros retrocedieron, amedrentados.

—Cynara, al tirador de la ametralladora —dijo MacRae de pronto.

La joven se irguió. Ya había luz suficiente para una buena puntería.

Disparó. Un hombre agitó los brazos convulsivamente y rodó sobre el puente de la lancha.

Otro se precipitó sobre la ametralladora. Cynara lo abatió antes de que pudiera hacer el menor disparo.

El mortífero repiqueteo cesó.

June llegó en aquel momento con la radio.

—Rudy...

—Gracias —sonrió el joven—. Cynara, al casco de la motora.

Ábrele media docena de agujeros.

—Sí, Rudy.

El rifle tronó rítmicamente. Abajo, en el muelle, alguien emitió un chorro de maldiciones.

MacRae volvió a situarse justo sobre la escalera. Protegidos por las casas, había tres hombres.

Cynara vació su rifle y lo recargó de nuevo. Aprovechando aquel momento de respiro, Pellon y Caypur se lanzaron al asalto.

MacRae se asomó y disparó todo un cargador de su automática. Los dos pistoleros rodaron sucesivamente por las escaleras.

La lancha se inclinó repentinamente de costado. MacRae se agachó y llamó por la radio:

—Magnus.

—Sí, Rudy.

—Creo que sólo queda Mulberry. Usted dijo que el túnel tiene varias ramificaciones.

—Exactamente.

—Voy a dejarle entrar. Encárguese usted de él. Ya es asunto suyo.

La radio transmitió una risita baja, de complacencia.

—Sí, déjelo en mis manos, Rudy.

MacRae se irguió un poco y gritó:

—¡June, dígle a su padre que hemos agotado las municiones!

La muchacha le miró sorprendida. Fue a decir algo, pero MacRae se puso una mano en la boca.

Ella comprendió. Cynara y Louie quedaron quietas.

Y Mulberry se lanzó escaleras arriba, en busca de la entrada que le permitiría el paso a la fortaleza. En sus manos llevaba una pistola ametralladora.

Mulberry se adelantó en el túnel. MacRae estaba apostado en la salida, con su pistola a punto.

—Craig —llamó Barkeln de pronto—. ¿Me oyes?

—Sí, perfectamente. Prepárate, Magnus; voy a matarte.

—Hay varias personas más en la isla...

—Morirán también.

—Muy sanguinario te muestras —rió Barkeln—. ¿Qué te sucede, Craig?

—Te odio, Magnus, siempre te he odiado; y más ahora, que mi

hijo ha muerto, por culpa de ese maldito detective que contrataste...

—En todo caso, la culpa ha sido tuya, Craig. Siempre ambicionaste el poder y la riqueza, pero nunca fuiste capaz de poner de tu parte los medios para conseguirlo. Te faltó un punto de decisión, una pizca de arrojo para lanzarte en el momento adecuado. Y yo siempre te protegí y te ayudé...

—Y me robaste a la mujer a quien amaba —rugió Mulberry.

—Ella se vino conmigo voluntariamente; yo no levanté un dedo para quitártela. Siempre has padecido un complejo de inferioridad, Craig. Empezamos juntos, pero yo supe destacar, mientras que tú no pasabas de ser un modesto oficinista... ¡lo que serías aún, si no te hubiera ayudado! Reconoce tu propia debilidad, es lo menos que puedes hacer.

—Ahora ya no soy débil, soy fuerte, infinitamente más fuerte que tú, Magnus. Y la empresa será mía...

—Aún estás a tiempo de retirarte —propuso Barkeln—. Comprendo que te duela la pérdida de Danny, pero eso ya no se puede remediar. En cambio, tú puedes seguir viviendo...

—¡Magnus! —bramó Mulberry—. ¡Voy a buscarte! ¡Este maldito, pasadizo no me asusta en absoluto!

Mac Rae se preparó. Dentro del túnel, Mulberry, enloquecido de furor, ciego por el ansia de venganza, corría frenéticamente.

De pronto, divisó una puerta que daba al jardín interior. Había una pequeña zanja y dio un enorme salto para salvarla.

Entonces se vio en el aire.

Gritó, aterrado. Su ciega furia se había convertido repentinamente en pánico.

Cayó al mar desde cuarenta metros. Louie se puso en pie sobre el parapeto y lo vio nadar furiosamente.

De pronto, unas aletas triangulares se movieron velozmente hacia el nadador. Louie chilló espeluznada.

MacRae corrió al parapeto. Pero ya sólo pudo ver unas espumas de color rosado en el lugar en que unos segundos antes había estado Mulberry.

—Me siento muy cansado —dijo Barkeln de pronto.

Cynara, activa y diligente, servía bebidas. MacRae tomó un trago.

—Habrá que llamar a Hays para que venga a buscarnos a Louie y a mí —habló al cabo de unos minutos.

Barkeln se encaró con Louie.

—Cuando llegues a Miami, llama a tu padre. Dile que venga a verme. Hablaremos del asunto de sus patentes.

—S , señor —contestó la muchacha.

—Sus guardias volverán —dijo MacRae—. No sea demasiado duro con ellos, Magnus. Todos podemos flaquear en un momento dado.

Barkeln asint .

—Yo me quedará aquí una temporada —declaró June—. Creo que me sentar  bien.

MacRae la mir  con simpatía.

—Aproveche la experiencia —aconsejó.

—S , Mac —contestó June.

—Oiga, Magnus,  c mo pudo caer Mulberry al mar? —preguntó Louie de repente.

—El túnel tiene varios ramales, con trampas visuales, a base de ilusiones ópticas. Creyó que salía al interior de la isla y, en realidad, se asomó al punto más alto del acantilado. Una medida de seguridad que tomó ya hace tiempo.

—Ese hombre estaba loco —dijo MacRae—. Sólo así se comprende lo que hizo.

—Quería ganar por medios fáciles lo que no pudo ganar de otra forma, Rudy.

—La verdad, empleó los peores medios. Usted arreglar  el asunto con las autoridades,  no es así?

—Wittera es mía y tengo derecho a defenderme de quien me ataque —contestó Barkeln orgullosamente—. Por cierto, tengo que pagarle lo convenido, Mac.

—Gracias, Magnus. Ese dinero me vendr  muy bien. Ahora voy a tener gastos extraordinarios.

— Qu  gastos, Rudy?

MacRae agarró a Louie por un brazo y se la llevó hacia la puerta.

—Im gineselo usted mismo —contestó.

Fuera, en el jardín, Louie le miró fijamente.

—T , tipo fresco, no irás a decir que quieres casarte conmigo —

exclamó.

—¿Eres capaz de señalarme otro medio de tenerte siempre a mi lado?

—Hombre, no, pero...

—Louie, Mark Leaner, ¿era tu esposo?

—No, sólo dimos el nombre para despistar. Sólo era mi amigo...

—¡Vaya un amigo! —bufó MacRae.

—¡No me lo recuerdes más! —pidió ella, muy avergonzada.

—Está bien. Pero aún no me has contestado. ¿Te casarás conmigo?

Louie suspiró.

—Tienes una forma de decir las cosas...

MacRae la abrazó.

—Tim Shorten me dijo que eras un monumento viviente —murmuró a su oído—. Quiero contemplar ese monumento durante todos los días de mi vida.

Y la besó una vez, dos y tres, y ella devolvió los besos con calor, porque le agradaba la perspectiva que acababan de presentarle.

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA ¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el
cupón que, junto con las instrucciones y bases
para tomar parte en este sensacional sorteo,
hallará en las últimas páginas de todas las
novelas que Editorial Bru-
guera, S. A. publica en sus
populares colecciones fe-
meninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute
de unas horas de grata lec-
tura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.



